2344

LA CONCHA

HISTORIETA CÓMICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Ramón López-Montenegro y Ramón Peña

LIBRERIA DE JOSÉ GONZÁLEZ JACOMETREZO, 65 MADRID

14

LA CONCHA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright, by R. López-Montenegro y R. Peña, 1916

LA CONCHA

HISTORIETA CÓMICA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

Ramón López-Montenegro

y

Ramón Peña

Estrenada en el teatro INFANTA ISABEL de Madrid, el 18 de Noviembre de 1916, habiéndola representado por vez primera el 14 de Agosto del mismo año, la misma compañía, en el teatro VICTORIA EUGENIA de San Sebastián

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1916

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/laconchahistorie3161lope

Al recio espíritu del gran español y gran maestro de periodistas

D. Torcuato Luca de Tena

espejo de caballeros, ejemplo de hidalgos, ennoblecedor de la Prensa y definidor de nuestras artes gráficas,

Homenaje de admiración y de respeto.

Los Autores.

Reparto del estreno

PERSONAJES	ARTISTAS
CONCHA	Antonia Plana.
VICTORIA	María Banquer.
MERCEDES	Manuela Valls.
JULIA	María Brú.
MARICHU	Pilar Roig.
BERENGUELA	Pilar Pérez.
TRINI	Margarita Díaz.
PEPITA	Felisa Torres.
JEANNETTE	Milagros Aliacar.
UNA DONCELLA	Pilar Roig.
SEÑORITA 1.ª	Cecilia Pérez.
IDEM 2.ª	María Pérez Luque.
LA RUSA DEL MALLOT (No habla)	N. N.
DON CÁNDIDO	Luis de Llano.
CAYETANO	Francisco Hernández.
CHIRIMOYA	Emilio Díaz.
FERNANDO	Nicolás Navarro.
LUIS	Pedro González.
PEPITO	Luis Torrecilla.
GUTIÉRREZ	Enrique Leyva.
LLUNGUET	Pascual Sánchez Bort.
EL DUQUE DEL PLANILLO	José Raussell.
TOTÓ	Miguel de Llano.
IÑASIO	Pascual Sánchez Bort.
DON FERMÍN	José Raussell.
RAFAEL	Manuel Aliacar.
ENRIQUE	Rafael Sánchez París.
UN COCHERO	Enrique Leyva.
UN BARQUILLERO	
PUNTO 1.º	Pascual Sánchez Bort.
IDEM 2.º	Luis Torrecilla.

669952

GUARDIA 1.º.....	Manuel Aliacar.
CELADOR 1.º.....	David Vivero.
LA VOZ DE UN «CROUPIER» (Dentro).....	David Vivero.
GUARDIA 2.º..	(No habla ninguno).
CELADOR 2.º..	
OTRO BAÑERO	
UNA NIÑITA..	
UN NIÑITO ...	

Gente de playa y gente de Casino

La acción de los tres actos, en San Sebastián.--Epoca actual.-Agosto

---

Derecha e izquierda, las del artista

Apuntó la primera representación de esta obra, Ricardo Tornero; llevó el segundo apunte David Vivero y se estrenaron dos decoraciones de Eloy Garay y una de Tomás Gayo.=Fresno ha pintado un cartel para «La Concha».

Los distinguidos jóvenes D. Luis Soler, D. Pedro Caballero, D. Carlos Montero de Espinosa y D. José Luis Cánovas del Castillo se prestaron amablemente a figurar como comparsas en los actos 1.º y 2.º de esta obra

Observaciones para la caracterización.

Concha.—Hermosa y elegante aventurera, que va a cumplir los treinta, o que los ha cumplido ya. En el primer acto, *toilette* de playa; en el segundo, de Casino, y en el tercero, «de mañana».

Victoria.—Idem, ídem, ídem. Idem, ídem, ídem. Es andaluza.

Mercedes.—Con sus cincuenta y tantos años, y su bigote respectivo, es una digna descendiente de aquella Brígida que sobornó Tenorio, aunque mucho más ordinaria.

Marichu.—Criada vasca. Veinte años Tipo cómico.

Berenguela.—*Cocotte* francesa, algo madura ya y de una elegancia llamativa.

Trini.—Joven despreocupada y varonil. Fuma como un carretero. Su vestimenta es algo hombruna y su voz de barítono.

Pepita.—Muchacha galante, bella y bien vestida.

Jeannette.—Idem, ídem, ídem, ídem. Es francesa.

Don Cándido.—Ha cumplido cincuenta y cinco octubres, aunque trata de disimularlo tiñéndose de negro su rapado bigote y los pocos cabellos que le restan. Cuando se pone en una báscula, marca la aguja 103 kilogramos; más que por su elevada osamenta, por su abdomen voluminoso. Es hombre fuerte, saludable, simpático y bienhumorado. Son cualidades de su temperamento la despreocupación, la tranquilidad y la socarronería, ésta sobre todo; el Sr. Mínguez es uno de esos hombres que se burlan hasta de su sombra. Nuestro héroe, por ser feliz en absoluto, es soltero, es independiente y posee en Madrid dos casas de préstamos

que le rinden muchos miles de duros. Viste pantalón y americana de trabilla, color *kaki;* sin chaleco; camisa blanda con cuello bajo y corbata chalina; zapatos de lona y sombrero de paja con cinta roja y amarilla. En los tres actos viste igual, variando únicamente el sombrero y la *toilette* de baño, según indica el libro en los momentos oportunos.

Cayetano.—Vividor español sin escrúpulos. Cumplió ya los cuarenta y tiene ese barniz de educación y cosmopolitismo que da la lucha por la vida sin reparar en fronteras, en procedimientos ni en ambientes sociales. En los actos primero y tercero, viste de americana (excepto cuando se pone el traje de baño, naturalmente), y en el segundo, de *smoking.*

Chirimoya.—Millonario americano-latino. Es joven, muy moreno, y va completamente afeitado de bigote y barba. Viste con elegancia un poco ostentosa. Lleva en el primer acto un terno de franela blanca, con trabilla en la americana, y un gran clavel rojo en la solapa; zapatos de lona, blancos también; sombrero «frégoli» de paja blanco con cinta roja; guantes, bastón y gemelos prismáticos. En el acto segundo, va de *smoking.* Y en el tercero, de americana clara.

Fernando.—Joven gallardo y calavera. El método «Górritz» es para él una guía de ferrocarriles. Fernandito las mata sin mirarlas siquiera. Viste, sucesivamente, de baño; de americana cruzada oscura con pantalón blanco y gorra de *yathman;* de *smoking,* y de americana otra vez.

Luis y Rafael.—«Pollitos bien.» Galancitos cómicos de la aristocracia. ¿Está entendido? En el primer acto, llevan *mallot* negro de baño y albornoz de felpa blanca. Van despeinados. En el acto segundo, *smoking;* muy «gomosos».

Enrique.—De la misma promoción que los anteriores; y con esto está dicho todo.

Pepito.—Así le llamaban cuando tenía cuatro años y cuando cumplió los veinte; así le llaman ahora, que

pasa de los cuarenta, y así le llamarán cuando esté muriéndose de viejo. Su espíritu sigue en la adolescencia y por eso tira de la materia desesperadamente, luchando por quitarse dos o tres lustros, como quien no quiere la cosa. Va muy repeinado, con raya en medio; usa bigote recortadito, y viste pantalón blanco, americana oscura, camisa de color, corbata de nudo, sombrero de paja y zapatos de lona blancos.

Totó.—Va a cumplir los treinta y no le gustan las mujeres (¿habrá *primo?)* Es muy afeminado, reflejándose esta anormalidad fisiológica en la voz, en el modo de hablar y de andar, en los gestos y en los ademanes. Va escrupulosamente rasurado de bigote y barba, un poquitín pintado y con los cabellos hacia atrás. Viste terno claro de americana, entallada exageradamente, y lleva una pulsera de mujer. Usa calcetines blancos y zapatos.

Gutiérrez.—Criado del Gran Casino de San Sebastián. No lleva bigote ni barba, tiene cuarenta y tantos años y viste la librea de aquel Círculo de recreo: casaca azul con galones dorados, calzón corto y chaleco rojos, medias blancas y zapatos bajos negros.

Llunguet.—Comisionista catalán. Cincuenta años. Bigotes grises y caídos. Se le nota el acento de la tierra hasta cuando no habla.

El duque del Planillo.—Sesenta años. Noble figura. Terno de americana claro, guantes y sombrero de paja.

Iñasio.—Bañero de la playa. Treinta años. Fuerte acento vasco. Sin bigote ni barba. Viste el uniforme peculiar, negro con trencilla blanca, según puede verse en las adjuntas fotografías. Lleva boina chiquita, va descalzo y el color de su piel está tostado por el sol.

Don Fermín—Sesenta años. Inspector del Casino. Usa gafas y viste de *smoking.*

Punto 1.º—Cincuenta años. Aspecto extranjero, pero de equívoca nacionalidad; lo mismo puede ser noruego, que boer, que australiano. Viste de americana oscura; lleva la cabeza rapada y usa grandes mostachos y

luenga barba de color rubio rojizo. Es un hombre muy serio y nada comunicativo.

Celadores de playa.—De treinta a cuarenta años. Llevan pantalón negro; *jersey* blanco, con el rótulo de *Celador de playa* sobre el pecho, y sombrero de piqué blanco.

Advertencias importantes.

Los autores suplican a los directores de escena que cuiden especialmente de la colocación, movimiento, entradas y salidas de los comparsas en los actos primero y segundo, para que el cuadro resulte siempre natural, con un fondo animado, pero sin que distraiga nunca la acción de la obra ni perturbe su diálogo.

*

Asimismo cuidarán los directores de insistir mucho en el ensayo de los finales de los actos primero y segundo, pues su movimiento extraordinario y la celeridad que es preciso imprimirles invitan demasiado al «camelo».

*

Todas las mujeres que figuran en el segundo acto llevan sombrero. En cambio, los hombres salen sin él a escena. No debe olvidarse que para entrar en la sala de juego del Gran Casino es obligatorio dejar el sombrero previamente en el guardarropa; lo mismo que el abrigo y el bastón o paraguas.

*

La voz del *croupier*, que se oye durante el segundo acto, deberá sonar siempre muy claramente, muy a tiempo y con ligero acento francés.

Decoración del acto primero, viéndose en la escena algunos personajes de la obra. De izquierda a derecha del grabado vemos al Duque del Planillo, Chirimoya, Celador 1.º, Victoria, Mercedes, Cayetano, grupo de gente de playa, Una doncella, Rafael, Fernando, Don Cándido e Ignacio.

Fot. Alfonso.

ACTO PRIMERO

La escena representa la playa de La Concha, de San Sebastián, en la parte que corresponde al balneario de «La Perla.» De este edificio avanza en escena (ocupando la derecha del primer término) la parte más saliente de su cuerpo central, de tal manera que sean practicables el pasadizo inferior y los ventanales de la rotonda.—El mar se supone en todos los términos de la izquierda.—En segundo izquierda, una percha de las que se destinan en la playa para colgar las capas, los albornoces y las sábanas. De ella penden algunas de estas prendas.—Al fondo, varias sillas plegables de madera.—En toda la extensión de la escena, alfombra de color de arena; y, cuando sea posible, extiéndase sobre ella cierta cantidad de ésta para darle mayor carácter de realidad. Donde no haya arena, puede extenderse una capa de serrín.—Comienza la acción a las doce del día y el sol lanza sus rayos sin mezcla de nube alguna.

—

Al levantarse el telón, aparecen en primer término derecha, sentadas en sillas, VICTORIA y MERCEDES. Esta come percebes de un paquetito y aquélla lee el «A B C», alternando la lectura con furtivas miradas que dirije a Fernando. En el centro de la escena, formados militarmente, FERNANDO, LUIS, RAFAEL y ENRIQUE; los cuatro, en «mallot» negro de baño y medio envueltos en sábanas o albornoces, evolucionan cómicamente, capitaneados por Luis y al compás de una marcha que ejecuta dentro el sexteto de «La Perla». Al fondo y en el piso del practicable, algunas personas que den color al cuadro,

pero sin perturbar ni distraer la acción. Unas, leen; otras, miran al mar... En lugar conveniente, UNA NIÑA y UN NIÑO, con las piernas desnudas, cavan trincheras en la arena, vigilados por UNA DONCELLA que hace labor de aguja. UN BARQUILLERO mariposea por la escena.

Luis. (A sus compañeros.) ¡Atención!... ¡Firmes!... ¡Hay que surcar las olas, sin hacer alto hasta que estemos con el agua al cuello!

Rafael. (Saliéndose del grupo.) Entonces, no puedo yo formar.

Luis. ¿Por qué?

Rafael. Porque desde anoche estoy ya con el agua al cuello. ¡En el Casino perdí tres mil pesetas!

Luis. (Interesado.) ¡¡Tres mil pese...? (Transición.) ¡Rompan filas! (A Rafael.) A ver: cuéntanos eso.

Los demás. (Con avidez y deshaciendo el grupo para rodear a Rafael.) Cuenta, cuenta...

Barquillero. (Al fondo.) ¡¡Barquillitos!!... (El sexteto, enmudece.)

Fernando. (A Rafael.) Harías algún disparate.

Rafael. ¿Acaso sé yo lo que hice?... Precisamente empecé con una sombra bestial; pero se sentó a mi lado esa mujer que me tiene «chalina» perdido...

Fernando. ¿Quién?

Luis. ¿La Concha?

Rafael. La Concha.

Luis. ¡Menudo relieve!

Fernando. Como que es una mujer...

Barquillero. ¡¡De canela!!

Fernando. (Volviéndose hacia el Barquillero.) ¡Sí, señor: de canela!

Luis. (A Rafael.) ¿Y qué?

Rafael. Nada; pues que, en cuanto se plantó junto a mi, me puse tan nervioso, me desconcerté de tal forma, que perdí el *tanteo*.

Fernando. ¿Y por qué no lo empezaste otra vez?

Rafael. ¡Vaya si lo empecé! Pero, en cuanto me puse a tantear, se levantó la dama con un gesto de

princesa ofendida y me dijo:—¡Niño! Eso es para los hombres. Usted no debe ponerse delargo tan pronto. Y sepa el picarillo que está muy *colorao* y a mí no me gustan los pollos con tomate.

Fernando. ¡Atiza, manco!

Luis. Vamos, que la mujer no quería jugar «a menores».

Rafael. Excuso deciros que me quedé muerto de vergüenza y que, después de perder el *tanteo*, cambié de *línea*, me puse a *caballo*, jugué en una *calle* que no conocía... Total: ¡tres mil pesetas!

Luis. ¡Ah, primo! Si hubieras *aplicao* mi combinación .. No falla nunca.

Fernando. Bueno; vamos al baño, que se nos va a enfriar el agua.

Enrique. (A Fernando.) Espérate, que nos va a explicar éste esa *combinotipia*. (Por Luis.)

Fernando. ¡Dejaos de juego!

Luis. Además, sin ruleta, ¿cómo lo voy a hacer?

Barquillero. ¡¡Los llevo de canela!!

Enrique. ¡Aquí tenemos una! (Al Barquillero.) Oye, tú: ¿nos dejas un momento el aparato, para ver una cosa?

Barquillero. Si me lo tratan con *cuidao*...

Luis. Como si fuera dinamita. Ponlo aquí. (Indica el terreno que rodea a la caja de barquillos.) Este es el paño. (Al Barquillero, quitándole la varita que lleva.) Déjame esa vara. (Traza con ella sobre la arena los cuadros de una mesa de ruleta y coloca en el centro la tapadera de la caja. Los cuatro «pollitos» se sientan en la arena, alrededor de la «mesa de juego». Dos de ellos se tienden boca abajo; o en decúbito lateral, si lo estiman mejor. Por eso no hemos de reñir.)

Enrique. (Haciendo girar la rueda de la caja de barquillos.) Pero en esta ruleta no hay más que treinta números.

Luis. No importa. (Continúa trazando cuadros.)

Mercedes. (A Victoria.) Fíjate, chica, qué timba están armando aquí. (Vuelve la espalda a Victoria para observar el juego.)

Victoria. ¡En lo que me he *fijao* es en que otra vez ha *vuerto* a *salí* a *colasión* esa dichosa Concha!

Mercedes. ¡Bah! (Sin darle importancia y sin quitar la vista del juego.)

Victoria. ¡Hija, si es que da más juego que la ruleta! ¡Si están los hombres que *parese* que no hay otra *mujé* en San Sebastián!

Mercedes. ¡Bah! (Idem.)

Victoria. ¡Y ese hipócrita de Fernando... ¿lo has visto? *hasiendo* como que no le interesa!

Mercedes. ¡Déjalo! (Idem.)

Victoria. Y ¿se sabe ya quién es ese banquero italiano que la acompaña?

Mercedes. Sí, mujer. (Distraída con la ruleta.)

Victoria. ¿Quién?

Mercedes. Pues... un banquero italiano. (Idem.)

Victoria. ¡Anda y que te pelen!

Mercedes. ¡Es claro! ¿Qué más quieres saber? ¿Qué te importa que se llame Anselmi o Titta Ruffo? Es italiano, es rico, *apoquina* billetes... pues basta.

Victoria. Y esa *mujé* ¿de dónde habrá salido?

Mercedes. De un sombrero de copa, digo yo que no será.

Victoria. (Contrariada.) ¡Vaya! ¡Estás hoy muy graciosa!

Mercedes. Y tú, muy curiosa.

Enrique. (Haciendo girar la rueda de los barquillos.) Hagan juego, señores... ¿Está hecho?... No va más... (La rueda se para.) Siete; encarnado.

Luis. Muy bien. Ahora empieza la combinación. ¿Ha salido el siete encarnado? Pues se apunta un duro a negro y otro al siete. (Coloca unas piedras donde dice.)

Victoria. Oye, barquillero. (Llamándole. Este acude.) Sin *desir* de quién es, apúntame este duro. (Dándole uno que saca del bolsillo.)

Barquillero. ¿A qué número?

Victoria. Al que tú quieras.

Barquillero. Lo pondré al 31. La fecha de hoy.

Victoria. Muy bien.

Barquillero. (Volviendo hacia el grupo.) (¡Como no hay más que treinta números, le he *echao* «la llave!») (Se guarda la moneda.)

Enrique. (Dando a la rueda.) ¿Está hecho?... No va más... Treinta; encarnado. (El Barquillero hace a Victoria un gesto de resignación.)

Victoria. (A Mercedes.) ¡Ya ves; por un número! ¡Siempre me pasa igual! (Los jugadores escuchan la explicación de Luis.)

Don Cándido. (Que sale por la primera izquierda, hablando con IÑASIO el bañero y dando la espalda al grupo de jugadores.) Quedamos, apreciable sirena, en que yo subo y pido en la ventanilla de la entrada un abono de nueve baños; ¿no es eso?

Iñasio. Sí, pues.

Don Cándido. ¿Y por qué han de ser siempre nones?

Iñasio. Pues no sé pues. Más mejor te *disen* todos que es.

Luis. (A los suyos.) Y ahora viene la jugada decisiva. Acertando esta, has ganado diez mil pesetas, sin haber expuesto más que cinco duros.

Don Cándido. Bueno, mi arrojado bañero: lo que he de confesarte es que soy un notable nadador de pila; pero que en el mar proceloso no me he metido nunca, y la verdad...

Iñasio. Yo te *entrrrar é* pues con *usté*.

Don Cándido. ¡Oh! Es que yo peso mucho.

Iñasio. ¿Cuánto pues?

Don Cándido. Ciento tres. (Imitándole.)

Iñasio. ¡Pesar es!

Don Cándido. Ya lo ves.

Iñasio. Pero no importarme nada.

Don Cándido. Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

Enrique. ¿Está hecho? (Dándole a la rueda.)

Don Cándido. Por si acaso, bueno será alquilar unas calabazas...

Enrique. No va más.

Luis. (A Rafael.) Si aciertas ahora, hazte cuenta de que te cae «el gordo.»

(Iñasio hace mutis por la izquierda. Don Cándido, que está de espaldas a Rafael, da un paso atrás, tropieza con el joven y se derrumba sobre el grupo, desbaratando la partida.)

Rafael. ¡Ay!
Fernando. ¿Qué es esto?
Enrique. ¡La policía!
Luis. ¡El cero!
Barquillero. ¡Mi caja!
(Todo ello, casi simultáneo.)

(Don Cándido queda sentado en la arena y en el centro del grupo. Los «pollitos», arrodillados en torno del intruso, le miran con curiosidad. Victoria y Mercedes, que se pusieron en pie y subrayaron con chillidos la caída del Sr. Mínguez, vuelven a sentarse, riendo a carcajadas.)

Don Cándido. (Que se repone y lanza en derredor una mirada de azoramiento.) Buenos días, señores. (Se enjuga el sudor, sombrero en mano.)

Fernando. (Con sorna.) ¡Felices, amigo!

Luis. (Idem.) ¿Ha descansado *usté?*

Rafael. (Idem.) ¿El señor tomará chocolate, o café con leche?

Don Cándido. Muchas gracias; ya he cenado. (Le duele el porrazo recibido.)

Fernando. Está *usté* en su casa.

Don Cándido. (Confuso.) Ustedes perdonarán mi torpeza...

Luis. ¡Pchée!.. (A los demás.) ¿Le perdonamos?

Don Cándido. Conste que lo he sentido en el alma... ¡Y en el cuerpo también!... ¡Ay!...

Fernando. Este accidente nos ha fastidiado, porque teníamos una partida...

Don Cándido, ¡Ay!... ¡Yo también creo que tengo una partida! (Tocándose una pierna.) ¡Pero en siete pedazos, lo menos!

Luis. ¡Muy bonito!

Don Cándido. ¿Quieren ustedes ayudarme?

Luis. Con tal de que no se nos vuelva *usté* a caer en-

cima... (Los cuatro se ponen en pie y agarran a don Cándido como si fuera un bloque.) ¡A ver! .. ¡A... una! (Don Cándido queda en pie.)

Don Cándido. Gracias, pollos. La verdad es que me he caído todo lo largo que soy.

Luis. Querrá *usté* decir «todo lo ancho». (Risas.)

Don Cándido. ¡Je, je! (Risita de conejo.)

Barquillero. (Que ha recogido su «establecimiento».) Bueno; y a mí ¿quién me abona...?

Luis. (Muy serio.) Hombre, te pagaría yo con mucho gusto; pero este caballero es tan amable que no lo va a consentir (Por don Cándido.)

Don Cándido. Pues claro que no. (A Luis.) Usted no debe pagar un céntimo. (Metiendo la mano en un bolsillo, como si fuese a sacar dinero.) ¡No faltaba más! Lo natural es que esto... (Saca un peinecillo y se alisa el cabello.) lo paguen ustedes entre todos.

Enrique. ¡Arrea!

Luis. ¡Mira, Andovales!

Fernando. (A don Cándido.) El caso es que no llevamos bolsillos en el traje de baño...

Luis. No es moda.

Don Cándido. (Sonriendo bonachonamente.) ¡Vaya! ¿Qué se debe?

Rafael. El alquiler de la ruleta.

Barquillero. ¡Y los daños y perjuicios!

Luis. ¡Digo, aquí, Montecarlo, cómo afina!

Barquillero. ¡A ver!... ¡La mercancía, *inutilizá*; y la caja llena de bollos!

Don Cándido. ¿Y aun te quejas, injusto mercader? Pues los bollos son más caros que los barquillos.

Luis. (Con sorna.) ¡Muy bien! (Risas.)

Don Cándido. Toma, hijo, toma. (Le da una peseta.)

Barquillero. (Guardándosela, después de mirarla despectivamente.) ¡Una peseta! ¡Vaya un tío roña!... (Mutis por la izquierda, refunfuñando.)

Don Cándido. (Guasonamente sentencioso.) La protesta de los humildes, durará lo que el mundo.

Luis. ¡Eso es un pensamiento!

Don Cándido. En fin, amigos míos, perdón y hasta la vista. Cándido Mínguez...

Fernando. Vaya usted con Dios.

Luis. Y si vuelve otro día, avísenos con tiempo, para poner una red.

Don Cándido. ¡Je, je!... (Al marcar el mutis por «La Perla», va mirando con arrobamiento a Victoria.) (¡Puñales, qué mujer!... ¡Fantasmagórica!..)

Luis. (Que, como todos, está viendo marchar a don Cándido.) ¡Eh, don Cándido! ¡Que va *usté* a tropezar otra vez! (Don Cándido, en efecto, por contemplar a Victoria, se da un encontronazo con una de las pilastras de «La Perla» y hace mutis. Risas.)

Fernando. ¡Qué tío más ridículo!

Luis. Pero muy gracioso.

Rafael. (Doliéndose.) ¡Mucho! ¡Tiene unas «caídas»... y unos «golpes»!...

Enrique. El caso es que nos ha dejado sin ver cómo acababa la combinación de éste. (Por Luis.)

Luis. ¿Y qué más querías? ¿No ha acabado con un «pleno»?

Fernando. Bien, bien; basta de cátedra. El que quiera mojarse, que me siga.

Rafael. ¡Al agua!

Luis. ¡Pelotón!... ¡A formar! .. ¡Frente al mar!... ¡Mar!... (Los cuatro, en formación, hacen mutis por la izquierda, tarareando una marcha.)

Mercedes. (Contemplando a los «pollos».) ¡Qué alegres son estos chicos!

Victoria. (Despechada.) ¡Qué ladrón, digo yo!

Mercedes. ¿Pero quién?

Victoria. ¿Quién va a *sé?* ¡Ese *arrastrac* de Fernando! Ni por casualidad ha *vuerto* los ojos *hasia* aquí una sola *vé!*

Mercedes. ¡La tonta eres tú de llevarte mal rato! (Animándose nuevamente.) ¡Mira, mira, qué susto les han *pao* a aquellas señoritas! (Hacia la izquierda.)

Victoria. (Abstraída) ¡Claro! ¡Ahora no hay más que doña Concha!... ¡Maldita Concha!...

Mercedes. (Con lo suyo) Pero desde aquí no se les ve bien. ¿Vamos a acercarnos un poco?

Victoria. Vamos donde te dé la gana. (Se levantan y se aproximan a la segunda izquierda, mirando en aquella dirección. Victoria se ha dejado en la silla el «A B C» y Mercedes, en la suya, el papelón de los percebes.)

Mercedes. A aquel vejete le van a hacer alguna diablura; verás.

Cayetano. (Que sale con CONCHA por la primera derecha.) ¿Lo ves? Todavía no ha venido.

Concha. Puede que esté en el agua.

Cayetano. ¿Nos sentamos aquí?

Concha. Bueno. (Ocupa la silla que dejó Victoria, sentándose Cayetano en la otra.)

Mercedes. (Riendo.) ¡Uy, qué chapuzón!... ¡Fíjate, fíjate!...

Cayetano. (Pasándose el pañuelo por el cuello.) *¡Camará,* cómo zurra el sol hoy! ¡Yo estoy hecho polvo! ¡Luego, estas melenas!...

Concha. Esas melenas te dan mucho carácter.

Cayetano. ¡Ay!... ¡Mucho carácter... y mucho calor!

Concha. «Ganarás el pan con el sudor de tu rostro.»

Mercedes. Ya van muy lejos.

Victoria. (Se vuelve y repara en la ocupación de las sillas.) ¡Bien!

Mercedes. ¿Qué?

Victoria. Que nos hemos *quedao* sin asiento.

Mercedes. (Volviéndose y reparando.) Es *verdá.*

Victoria. ¡Qué *grasia!*

Mercedes. Déjalo. Daremos una vuelta.

Victoria. (Con rencor.) ¡Y tenía que ser élla! ¡La Concha!

Mercedes. Y su perro de lanas.

Victoria. Yo creo que debemos reclamar.

Mercedes. Eso, no. El que se fué a la orilla, perdió su silla.

Cayetano. (Observando las miradas.) A esas dos les hemos *gustao.*

Concha. Ya, ya. (A Victoria y Mercedes, con fingida ingenuidad.) ¿Qué: se les ha perdido a ustedes algo?

Cayetano. (Bajo.) Calla, mujer.

Mercedes. (Interrumpiendo a Victoria, que quiere contestar.) ¿Es a nosotras?

Concha. Como miran ustedes tanto hacia aquí...

Victoria. Es que...

Mercedes. (Idem.) Es que esos asientos eran nuestros, ¿sabe *usté?*

Concha. ¡Ah, sí?

Mercedes. Pero no importa. Se los cedemos en traspaso.

Concha. Muchas gracias.

Mercedes. De nada. Que los disfruten ustedes con *salú,* y que los pantalones del caballero reciban mi más completo pésame, porque han *tenío* la desgracia de sentarse encima de un *puñao* de percebes.

Cayetano. (Levantándose rápido y llevando sus manos al lugar del siniestro.) *¡Corpo de un cane!* (¡Maldita sea tu estampa!)

Concha. ¡Sí que es una salida!

Mercedes. Yo los había *dejao* ahí de señal, ¿sabe *usté?;* pero no hay que apurarse, porque la señal queda; y, si no, ya lo verá *usté* mañana. (Indicando la mancha.) ¡Ja, ja, ja!...

Cayetano. *¡Maledetta!...*

Concha. (A Cayetano.) Déjala y no gastes saliva.

Victoria. (Con retintín.) ¡Ay, caramba! ¡No se ponga *usté* así, que no le *vamo* a *quitá* el escobón! (Por Cayetano. Ahí se quedan ustedes. Nosotras, ya hemos *disfrutao* bastante este sitio; y con mejores vistas; porque había aquí un grupo de jóvenes, uno de ellos muy simpático, que se llama Fernando (Recalcando el nombre) ¿verdad, *Mersede?...* Fernando... *er* Deseado. (Se pasa

un índice por debajo de la nariz como diciendo a Concha: ¡Pa ti está!)

Concha. (Que está abanicándose muy nerviosa,) ¿Qué dice esta mujer?

Victoria. Poca cosa. Que ya puede *usté* preparar la caña, porque el pez que le gusta está nadando ahí. (A la izquierda.) Pero que debe *usté poné* mucha carne en el *ansuelo*, ¿eh?, si no, ese pez no pica.

Mercedes. Y si quiere *usté* más detalles, pídaselos ahí, al domador que la acompaña.

Cayetano. *¿Io?* ..

Mercedes. Está muy bien *relacionao* con los peces.

Cayetano. *¿Io?*...

Mercedes. Claro. ¿No es *uste* un besugo?

Cayetano. (Perdiendo la paciencia.) (¡A estas golfas les masco yo la nuez!)

Mercedes. (A Victoria.) Vamos, chica.

Victoria. Vámonos, sí; que ya me he *desahogao* un poco. (A Concha y Cayetano, con grotesca finura.) ¡A los pies de ustedes!

Mercedes. (A Cayetano.) Y recuerdos al quitamanchas. (Míranse los unos a los otros, se hacen una mueca despectiva y se marchan Mercedes y Victoria por la primera izquierda.)

Cayetano. ¿Te *paece* a ti?... ¡Es lo único que me hacía falta *pa* quitarme el calor!

Concha. Lo que buscaba esa cursi era un escándalo; pero no se ha salido con la suya. Si a ella le conviene, a mí no.

Doncella. Vamos, chicos, que es la hora del baño. (Toma de la mano a la Niña y al Niño y hacen mutis los tres por «La Perla».)

Concha. Como, desde que he puesto los pies en San Sebastián, no hay un hombre que se ocupe de ellas, están todas que muerden.

Cayetano. Y tú, sin decidirte todavía.

Concha. Ya llegará; no te apures. ¿Es que te cansa tu papel?

Cayetano. No, hija. Y aunque me cansara. Gracias

a este personaje que represento en tu farsa, puedo comer, vestirme y hasta llevar dinero en el bolsillo. Lo que ocurre es que eres una mujer incomprensible.

Concha. ¿Incomprensible? Tú dirás.

Cayetano. No, si es un monólogo que yo me recito a menudo. Me encuentras en Londres; perdido, deshecho, rodeado de «ingleses»... A ti, acababa de morírsete un amigo inmensamente rico, sin cuidarse de asegurar tu porvenir. Tú sientes el naufragio y concibes un plan diabólico; más aún: femenino; y un buen día me largas lo siguiente: «Oyeme, Cayetano...

Concha. ¿A ti te convendría hacerte pasar por un banquero millonario y vivir una temporada como si realmente lo fueras?»

Cayetano. Eso es. Yo te miré, hecho un lelo, y tú, entonces, me explicaste el grabado. No era ninguna novedad; un recurso muy visto en la novela y en el teatro. Se trataba de que los hombres no te creyeran sola y fácil; sino esclavizada por una especie de ogro fabulosamente rico, que abastecía tus menores antojos. Tú estás bien convencida de que la fruta del cercado ajeno adquiere más valor cuanto más altas son las tapias; y en efecto, con el dinero de tus economías me convertiste en un banquero italiano, opulento como un nabab, celoso como Otelo y espadachín como Tenorio. Dejé de ser don Cayetano Flores, para llamarme *il cavaliere Gaetano di Fiori,* y, con la trágica leyenda de haber matado en duelo a cuatro pretendientes tuyos, nos hemos hecho la pareja de moda.

Concha. Y se acabó el monólogo.

Cayetano. La parte explicable del monólogo. Falta la incomprensible.

Concha. Pues vas a comprenderla también. Yo he venido a San Sebastián a buscar mi fortuna, ¿no es eso?

Cayetano. (Desconcertado.) Tú sabrás.

Concha. Y, al hablar de fortuna, nos referimos siempre a la riqueza.

Cayetano. Es lo corriente.

Concha. Bueno; pues imagínate por un instante que estoy enamorada como una señorita de pueblo y que el galán de mis fatigas tiene menos pesetas que yo. ¿Qué pasa?

Cayetano. (Alarmado.) ¡Ah, sí? ¿Y se puede saber quién es ese charrán que persigue la quiebra de mi casa de banca?

Concha. Si eres tan torpe que no lo adivinas, ya te lo diré yo cuando llegue el momento. (Suspira.) ¡Ay!

Cayetano. (Con emoción cómica.) ¡Concha!...

Concha. (Con naturalidad.) ¿Qué?

Cayetano. ¡Supongo que... que ese charrán... no seré yo!

Concha. (Asombrada y regocijadísima.) ¿Tú?... (Ríe.) ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Graciosísimo, chico! ¡Mira que tú! ¡Y un hombre casado! ¿Qué hubiera dicho tu mujer?

Cayetano. (Como si le mordiese una víbora.) ¡Mi mu...! ¡Concha, por Dios¡ ¡No me la recuerdes! Desde que huyó de mí para ser causa de mi ruina, estoy haciéndome a la idea de que no me he casado jamás.

Concha. ¿Y con quién me dijiste que se fué?

Cayetano. Con un vejestorio que tenía en Madrid dos casas de préstamos.

Concha. ¡Ah, sí! Un don Cándido...

Cayetano. Mínguez.

Concha. Eso es.

Cayetano. ¡Pero no me hables del asunto, hazme el favor!

Concha. ¡Calla! (Mirando de soslayo hacia La Perla.) A tu papel de italiano celoso. Viene gente que me interesa.

Cayetano. (Transición.) *Stá bene, fanchuletta mía!*

Pepito. (Que sale por izquierda con BELISARIO CHIRIMOYA y el DUQUE DEL PLANILLO.) Desde aquí la veremos muy bien cuando salga. Pasará por delante de nosotros.

El Duque. Dicen que es una estatua.

Chirimoya. Y que cuando surge de entre la blanca espuma del *oseano* rememora la diosa Venus emergiendo del fondo de los mares en su *carrosa* nacarada.

Pepito. Eso de «emergiendo» está muy bien.

Chirimoya. *Ayá* en América, salió una *desgrasiada mujersita* a bañarse con una *maya* trasparente, pero como era chata y tenía las piernas *torsidas*, le aplicaron quinientos pesos de multa y estuvo en presidio nueve años.

El Duque. ¡Qué atrocidad!

Pepito. (¡Qué embustero!)

Chirimoya. *Ayá* se miran mucho esas cosas, ¿no?

Pepito. Y acá también se miran; pero cuando son feas se hace uno el chivo loco.

Chirimoya. ¿Cómo *dise?* ¿Chivo loco?

Pepito. Sí: el distraído.

Chirimoya ¡Ah, vamos: Chivo loco, es distraído.

El Duque. Según la última disposición de la Academia.

Pepito. (Que advierte la presencia de Concha.) ¡Señores, lo que acabo de ver!

El Duque. ¿Qué?

Pepito. ¡Una tontería!... ¡¡La Concha!!

Chirimoya. (Radiante.) ¡La Concha! (Mira en derredor y la descubre.) ¡Es verdad!

El Duque. Y con la policía; como siempre.

Pepito. Ese tío no la deja ni respirar.

El Duque. ¡Vamos, amigo Chirimoya, que se ha quedado usted turulato!

Chirimoya. (Suspirando.) ¡Ay! Esa reina de la hermosura reviste el privilegio de remover mi *corasón* y enajenar mi mente con sus encantos *selestiales*.

Pepito. Ya, ya sé que está usted tan removido y tan enajenado, que anoche tuvo la audacia de enviarla una joya.

El Duque. ¿Cómo?

Chirimoya. (Un poco asustado y asombradísimo.) ¡Chist, Pepito, por la virgen América!... Pero ¿cómo ha podido usted enterarse...?

Pepito. (Enigmático y dándose importancia.) ¡Ah!...

El Duque. (A Chirimoya.) Luego ¿es verdad?

Chirimoya. (Después de una ligera pausa de duda.) Yo espero, amigos míos, que me guardarán el secreto. (Gesto adecuado en Pepito y el Duque, a quienes Chirimoya les refiere lo ocurrido.)

(Por La Perla sale la DONCELLA, llevando de la mano a los niños en traje de baño y hacen mutis por la izquierda.)

Cayetano. (A Concha.) El que te ha *regalao* el *pandantif*, ¿cuál es?

Concha. El del traje blanco.

Cayetano. ¡Ya tiene cara de primo, ya!

Concha. ¡Hombre, muchas gracias! (Ríen.)

Chirimoya. (A sus interlocutores.) Ese italiano es un piel roja, y, si *yega* a escamarse, puede ocurrir una tragedia.

El Duque. Cuentan que ha atravesado a tres.

Chirimoya. Y sospecho que a mí me tiene algo atravesado también.

Pepito. ¡Bah! Mientras ella no diga una palabra, y ella es tan discreta como hermosa...

Chirimoya. ¡Ay, *amigaso!* ¿Y usted qué sabe?

Pepito. ¡Y tanto! Como que la conozco. (Extrañeza y duda en los otros.)

Chirimoya. ¿Que usted *conose* a Concha?

Pepito. Que yo conozco a Concha. Ayer, en el Casino, un instante que la dejó sola el italiano, trataron de levantarla «un muerto»; yo intervine; se quedó muy agradecida; llegó en esto el señor; me presentó a él; me dió el hombre las gracias... y tan amigos.

Chirimoya. ¡Me deja usted hecho una *piesa!*

Pepito. Y estoy dispuesto a saludarla ahora y pedir permiso para presentarles a ustedes.

Chirimoya. *¡Ché,* no carbure tanto el amigo! *Despasio, despasio...*

Pepito. ¿Es que se vuelve *usté* atras?

Chirimoya. ¡Qué *esperansa!* De ninguna manera. Lo que no quiero es estropear la cosa por correr demasiado.

Concha. (A Cayetano.) Ese Pepito no se atreve a acer-

carse porque estás tú. Me parece que extremamos la nota de tu fiereza.

Cayetano. Hija mía, tú te lo dices todo.

Concha. Mira: yo creo lo mejor que te separes un momento, como si fueras a bañarte. A ver si vienen.

Cayetano. (Levantándose.) Ya sabes que soy siempre tu más atento seguro servidor, que besa tus pies. (Mutis por la primera derecha.)

El Duque. (Que advierte el alejamiento de Cayetano.) El tigre acaba de marcharse.

Pepito. ¡Magnífico! (A Chirimoya.) ¡Así se las ponían a Fernando VII!

Chirimoya. ¿Las mujeres?

Pepito. Las carambolas; pero es igual. (Se arregla la corbata y los puños con coquetería. La DONCELLA y los NIÑOS salen por la izquierda, cubriendo aquélla a éstos con una sábana, y hacen mutis los tres por La Perla.) ¡Allá va un hombre! (Se acerca a Concha, muy sonriente.) Buenos días, señora. ¿Cómo va desde ayer? (Se dan la mano.)

Concha. (Amable.) Perfectamente, amigo mío. ¿Y usted?

Pepito. ¿Yo? Sin pegar los ojos.

Concha. ¿Y eso?

Pepito. Pensando en la mujer que está hablando conmigo.

Concha. ¡Ay, qué gracioso! ¡Y hace unas horas que me conoce!

Pepito. (Con gravedad cómica.) Es que si hiciera más tiempo, el muerto que ayer quisieron levantar junto a *usté*... ¡hubiera sido yo!

Concha. ¡Qué exagerado! Parece usted andaluz.

Pepito. Pues soy de Navalcarnero nada más.

Concha. ¿Y también le decía usted eso a la francesita que estaba a su lado?

Pepito. Cuál: ¿la rubia?

Concha. No, Pepito; la morena.

Pepito. ¡Bah! Allí no hubo más morena ni más rubia que *usté*.

Concha. Bueno, bueno. (Transición.) Y esos señores, ¿quiénes son?

Pepito. El de más edad, el Duque del Planillo: un señor muy simpático; y el otro... (Recalcando.) el otro es Belisario Chirimoya: un americano que apalea la plata.

Concha. (Fingiendo encono.) ¡Cómo! ¿Ese hombre es...?

Pepito. (Conciliador.) Vamos, Conchita, no se incomode *usté* con él. Es un buen hombre, que está loco por esa cara, y hasta me figuro lo que habrá hecho. Tal vez la indiscreción de algún obsequio...

Concha. ¡Calcule usted! ¡Si Gaetano se enterase! ¡No quiero ni pensarlo!

Pepito. Vaya: los enamorados son irresponsables y *usté* misma va a absolver a este. (Dando un paso hacia sus amigos.)

Concha. (Alarmada.) ¿Pero qué va usted a hacer?

Pepito. Darles el gusto de que conozcan a la famosa Concha.

Concha. Es que a Gaetano le molestan mucho esos conocimientos.

Pepito. Pues nos comemos a Gaetano, y en paz.

Concha. Allá ustedes, pero conste que les he advertido.

Pepito. (Llamando.) ¡Duque!... *¡Amigaso!...* Vengan acá. Su Majestad la Reina de la Belleza les dispensa una audiencia extraordinaria para presentación de credenciales.

El Duque. (Que ha ido aproximándose con Chirimoya.) Señora... Mucho agradecemos a Vuestra Majestad la merced que nos hace. (Le besa la mano.)

Chirimoya. Entre las efemérides amables que perfuman el florido verjel de mis recuerdos, será la de este día *inmarsesible* la que más *dulsemente* se grabe en las *acsidentadas reconditeses* de mi frágil memoria.

Concha. (Reprimiendo la risa.) Muchas gracias.

Pepito. ¡Bravo! ¡Bravo! (A Concha.) Como *usté* ve, el amigo Chirimoya, es un orador castelarino.

Concha. Me gusta más oirle hablar que recibir obse-

quios de quien no conozco. (Con seria intención y abriendo el bolso.)

Chirimoya. ¡Señora, por la virgen América, no me mortifique! ¡Eso no vale nada!

Pepito. (Mediando.) Eso está ya *arreglao.* (A Concha.) *Usté* se queda con la joya y no le amarga a este hombre la inmarcesible efemérides que hoy perfuma el florido verjel de sus recuerdos.

El Duque. Pues claro que sí.

Concha. Pues claro que no. ¡Bueno se pondría Gaetano!

Chirimoya. ¡Adiós! ¡Ya salió a *relusir* el temible dragón que guarda a la *Prinsesa* encantada!

Concha. Nada, nada. (A Chirimoya, entregándole el pendentif.) Tómelo y no se hable más de esto.

Chirimoya. (Rechazando la joya.) Mire no más: hagamos una cosa. Como yo recupere esa alhaja, tendré que regalársela a alguna otra amiguita, que me la *agradeserá* menos que usted.

Concha. (Insistiendo.) ¿Y qué?

Chirimoya. (Idem.) Usted puede venderla y repartir la plata que le den entre los mendigos de la *poblasión.*

Concha. (Idem.) Pero si en San Sebastián no hay mendigos.

Chirimoya. (Idem.) Pues para el culto de una iglesia.

Concha. (Riendo y rindiéndose.) Con usted no hay escape. (Guarda la joya nuevamente.) Así lo haré. Entre la iglesia y la amiguita, no cabe discusión.

El Duque. Ha sido un fallo salomónico.

Concha. Y ustedes, ¿vienen todos los días a la playa?

Pepito. Muy pocos.

El Duque Nos acostamos tarde. Pero hoy se ha empeñado Pepito en que viéramos a una rusa que se baña en *mallot...*

Pepito. ¡Habrá hipócrita! ¡No haga *usté* caso, Concha, que ha sido él!

Concha. (Riendo.) Vamos a ver, amigo Chirimoya: ¿quién ha sido? La verdad.

Chirimoya. Pues la verdad:... los tres. (Risas.)

El Duque. ¡También salomónico!

(FERNANDO y LUIS acaban de salir del agua y aparecen por la izquierda embutidos en sendos albornoces. Poco a poco, va animándose la escena con la salida de RAFAEL y ENRIQUE, por la izquierda y también del baño. Por La Perla, la DONCELLA y los NIÑOS, vestidos estos otra vez.)

Luis. (A Fernando.) ¿Y dices que el americanito ese no tiene nada que ver con la Concha?

Fernando. Ni pizca. Si anoche no se conocían. Ni a los otros. ¡Pero si esto es rarísimo! ¿Y el italiano? ¿Cómo la deja sola con ellos?...

Luis. ¡Y la creíamos inabordable!

Fernando. (Misterioso) ¿Y si yo te dijera... (Conteniéndose.)

Luis. ¿Qué?

Fernando. Que esa mujer... está por mí?

Luis. Pues que yo te contestaría... ¡Chungoncete! (Dándole un papirotazo en un vacío.)

Fernando. Te estoy hablando en serio.

Luis. ¿Y lo tomas con esa filosofía?

Fernando. Es que quiero estudiar antes el terreno que piso:

Luis. ¿El terreno o la estaca del italiano?

Fernando. ¡Bah! Para los salteadores del noveno mandamiento es bien poca cosa una estaca. Lo que a mí me detiene es que ella me suponga un señor de dinero, y como ya sabes que no es por ahí...

Pepito. Mire *usté,* Duque: ahí está Fernando Solís. ¿No quería *usté* verle?

Concha. (Aparte, con emoción.) (¡Fernando!)

Pepito. (Llamándole.) ¡Fernando!... Ven acá.

Luis. ¡Atiza! (Enrique hace mutis por La Perla.)

Fernando. (Se acerca al grupo.) Buenos días, señores. (Hace una inclinación de cabeza ante Concha, contestando ésta levemente.)

El Duque. (Que ha salido al encuentro de Fernando.) Era yo quien deseaba verle para preguntarle si su padre...

Fernando. (Atajándole.). Está en Cestona; pero sé que el asunto de *usté* marcha muy bien. (Siguen hablando.)

Concha. (A Pepito.) Este joven (Por Fernando.) ¿es el que estaba con usted en los toros el domingo?

Pepito. El mismo. Le voy a presentar.

Concha. (Entre que sí y que no.) Pero, ¿y Gaetano?

Pepito. Es igual. Por uno más... Ya éramos tres los condenados a muerte... (Transición.) Fernando: tápate bien y no te caigas, que voy a presentarte a la señorita Concha...

Concha. De Llano.

Pepito. Ya lo has oído. (A Concha.) Fernandito Solís. Otro soldado del ejército de admiradores de Vuestra Majestad.

Fernando. (Se inclina sin dar la mano a Concha, por no descomponerse.) Mi etiqueta es poco palatina para una presentación así, pero el perdonar ha sido en todo tiempo la más alta prerrogativa de los Reyes.

Concha. (Confundida.) ¡Por Dios!...

Pepito. (A Chirimoya.) ¿Ha oído *usté*, don Belisario? Ya ha salido un competidor.

Fernando. Y para tener el gusto de charlar un rato con usted, voy a vestirme. (Se inclina.) Estoy aquí en seguida. (Va hacia Luis, que está hablando con Rafael y le sale al encuentro.)

Pepito. (A Fernando.) No tardes.

Fernando. (A Luis.) Esto lleva camino. Luego te contaré. (Mutis rápido por La Perla.)

Rafael. (A Luis.) ¿Qué ocurre?

Luis. Nada, que probablemente desbancarán hoy o mañana.

Rafael. ¿Con tu combinación?

Luis. Con otra que se trae Fernando.

Rafael. ¡Gachó con Fernandito! ¡Ese tiene más conchas que un galápago!

Luis. Pues si desbanca, va a tener una más; porque al pobre banquero lo desconcha.

(El sexteto de La Perla toca un vals.)

Enrique. (Que sale corriendo de La Perla, con una máquina fotográfica de mano.) ¡Ya está ahí! ¡Ya viene! (A Luis y Rafael.) ¡Vaya un cuerpo!...

Rafael. (Mirando hacia el interior de La Perla.) Se ha detenido a hablar con el francés. (Con malicia.) ¡Me parece a mí que esos...!

Luis. Naturalmente. El, francés, y ella, rusa... estarán aliados.

Enrique. (Dándole un golpe a Luis.) ¡Qué bruto!

Rafael. (Idem.) ¡Qué bestia!

Pepito. (Al Duque.) Con permiso de Concha. Se acerca nuestra rusa y no quiero que pierda *usté* el madrugón.

El Duque. ¡Y dale! (Sonriendo.)

Concha. Ya hemos quedado en que han sido los tres; conque vayan, vayan.

Pepito. En seguida volvemos. (Al Duque.) ¡Hale! (Se lo lleva a formar en la fila de los que aguardan.)

Chirimoya. (A Concha.) ¡Pero esto no puede ser! ¡Usted no debe quedar sola!

Concha. ¿Por qué no? (Transición.) Además, viene allí Gaetano, y, como siempre, hecho una furia.

Chirimoya. (Apurado.) Vaya, pues siendo así, hasta la vista. (Se reune, precipitadamente, con Pepito y el Duque.)

Cayetano. (Que sale agitadísimo por la primera derecha, en traje de baño, con una toalla liada al cuello, casco de goma o de punto en la cabeza y un humor de mil diablos.) ¡Ay, Concha!...

Concha. (Enojada.) ¡Llegas tarde, hombre! Ya se han ido todos. (Transición.) Pero, ¿qué te pasa? ¿Te has puesto trágico de veras?

Cayetano. ¡Por fin!... ¡Acabo de encontrarle! ¡Mi venganza será terrible!

Concha. ¿Pero a quién te refieres?

Cayetano. ¡A ese Cándido Mínguez; al que escapó con mi mujer!... Viene a tomar un baño; pero yo te juro que va a ser de impresión. ¡¡Lo ahogo!!

Concha. ¡Eso! Un escándalo de no te menees.

Cayetano. ¡Mejor! ¿No es lo que tú querías?

Concha. Pero no por esa causa. Resulta que vas a echar a perder todo.

Cayetano. ¡¡Concha ..!!

Concha. (Transición. Muy contenta.) ¡Calla!... ¡Sí!... ¡La gran idea!... Verás. (Cuchichean, explicándole Concha algo importante.)

(El sexteto acentúa su intensidad. Estallan los rumores de los que esperan la salida de LA RUSA, y aparece ésta por La Perla con un gorrito de baño, muy coquetón, y el cuerpo envuelto en una capa de felpa blanca. Al llegar al centro de la escena, se quita la capa, que cuelga en la percha, y queda en mallot negro. Oyense murmullos de admiración. Enrique aprovecha el momento para impresionar algunas instantaneas.)

El Duque. (A Pepito.) No exageró usted los informes.

Chirimoya. ¡Repalásan, qué *morbidensias* más turgentes! ¡Macanuda, ché!

Pepito. (A Chirimoya.) A esta no le echarían multa en América, ¿eh?

(La Rusa, en cuanto dejó la capa, hizo mutis por la izquierda, siguiéndola Chirimoya, Pepito y el Duque.)

Luis. (En alta voz y con tonillo de portero de barraca en feria.) ¡Un momento, señoras y caballeros, que falta el número más sensacional de la fiésta!... ¡Vean, vean lo que viene aquí! (Llamando la atención hacia La Perla.) ¡La captura de la sirena por Neptuno y su padre!... ¡Procedente del British Museum de Londres!

(Sale por La Perla nuestro robusto amigo DON CANDIDO MINGUEZ, que viene como para comérselo. Viste traje de baño bastante ridículo, sobre el que se ha ceñido cuatro o cinco calabazas y vejigas de gran tamaño. Colgado de un hombro lleva un salvadidas como los que se ven en los buques. Cubre su cabeza con un casco de punto y un sombrerote de paja, y agarran fuertemente sus manos la diestra de IÑASIO y la siniestra de otro bañero.)

Cayetano. ¡Míralo!... (Por don Cándido.)

Concha. ¡Calma!

Don Cándido. (A los bañeros.) Yo creo que así no habrá cuidado, ¿verdad?

Iñasio. *Cuidao* en la agua no te tienes con todo

eso; pero en tierra, *piedrras* o así tirar ya te harán pues.

Don Cándido. Vamos, joven anfibio, no involucres las cosas. ¿No adviertes la admiración conque se me recibe?

Luis. (En voz alta.) ¡¡Abran paso, señores!!

Don Cándido. (A Luis.) Gracias, amigo mío, gracias. (Cruza la escena, majestuoso, y hace mutis por la izquierda con sus dos ayudantes.)

Luis. ¿Está abierto?... No va más. ¡El cincuenta mil! ¡Amarillo! ¡Pleno!

(Vanse todos detrás de don Cándido, con gran algazara. Calla el sexteto.)

Concha. (A Cayetano.) ¿Has comprendido?

Cayetano. Perfectamente.

Concha. De este modo, el escarnecido Cayetano Flores, se da el gustazo de castigar a su ofensor, y el banquero Gaetano Di Fiori, acredita en España la terrible leyenda que tanto me conviene.

Cayetano. Admirable.

Concha. Pero cuidado con descubrir tu verdadera personalidad.

Cayetano. Yo sabré contenerme. (Mutis primera izquierda.)

El Duque. (Por la segunda izquierda, con Chirimoya y Pepito.) Nos despediremos de Concha para acercarnos a la orilla. Quiero ver cómo nada esa escultura.

Pepito. ¡Hola! Parece que nos ha gustado la rusita, ¿eh?

El Duque. ¡Es una señora fundamental!

Chirimoya. ¡Espléndida, mi amigo! (Se han acercado a Concha.)

Concha. ¡Vamos! ¡Buena ración de vista!

El Duque. (Despectivo.) ¡Bah! ¡No vale nada!

Pepito. ¡Es más fea que un tiro!

Chirimoya. Como que tiene las piernas *torsidas*. *Ayá* en América, *dies* años de *cársel* y quinientos pesos de multa.

El Duque. Bueno, Concha; nosotros nos vamos. Hubiéramos tenido mucho gusto en saludar al señor...

Concha. Di Fiori.

El Duque. Pero tarda tanto...

Concha. Afortunadamente; porque no le haría mucha gracia el encuentro.

El Duque. En cambio, yo, encantado con este. (Le besa la mano.)

Pepito. Y yo, cada vez más. (Idem.)

Chirimoya. Yo no dispongo de palabras para pintarle a usted la embriaguez de mi espíritu; pero, como *resusitara* Demóstenes y *renasiera Siserón,* cual ave Fénix, de entre sus venerandas *senisas*, yo estoy seguro de que *enmudeserían* delante de esa cara de náyade silvestre.

Pepito. (Que está dos pasos más allá, con el Duque, esperando al americano.) ¡Pero, Chirimoya!...

Chirimoya. (Sin hacerle caso.) Y no digamos ya los oradores clásicos; a cualquier expendedor de *espesíficos* se le trabaría la lengua con solo contemplar la peregrina donosura de ese rostro risueño, alegre y luminoso, como un día de abril en la campiña sevillana.

Concha. (Abrumada.) ¡Por Dios!...

El Duque. (A Chirimoya.) ¿Y es usted el que no encontraba palabras?

Chirimoya. Mire. No pude reunir más que estas poquitas. (Con su mano derecha toma la de Concha y deposita en ella un beso.)

Pepito. ¿Está ya?

(Chirimoya repite el juego con la mano izquierda.)

Concha. (Echándose las manos a la espalda y sonriendo.) Adiós, adiós.

Chirimoya. (Al ir a hacer mutis por la izquierda, con Pepito y el Duque, se detiene.) *¡Ché!* Ahorita se me ocurre un párrafo *presioso.* Se lo voy a *desir.* (Quiere volver al lado de Concha, pero lo impiden sus amigos)

El Duque No le diga usted más.

Pepito. Ya tiene bastante. (Mutis los tres.)

Fernando. (Que sale por La Perla, vestido ya.) ¡Pero cómo! ¿Han tenido el mal gusto de dejarla a usted sola?

Concha. Así parece, don Fernando.

Fernando. ¡Uy, don Fernando! ¡Qué viejo me hace usted!

Concha. No es cuestión de edad, sino de respeto. No quiero darle confianzas que pudieran traerme un disgusto, si se enterase quien yo sé.

Fernando. Ya. Su amigo, el banquero.

Concha. No. Su amiga, la banquera.

Fernando. ¿Mi amiga?... No adivino...

Concha. Sí, hágase de nuevas. ¡Y bonito genio me gasta la niña!

Fernando, Pero, ¿qué niña?

Concha. (Con sorna.) La de este ojo. (Indicando su izquierdo.)

Fernando. ¡Por Dios, Concha! Yo le juro...

Concha. (Atajándole.) ¡Chist! No jure usted en falso, que es pecado.

Fernando. Bueno, y aunque existiera esa amiga; yo dejo a esa y a todas por usted. (Se sienta junto a Concha.)

Concha. (Con sonrisa incrédula.) ¡Lo eterno!

Fernando. ¡Si usted supiese lo que yo he deseado este instante!...

Concha. ¿Ah, sí?

Fernando. (Apasionado.) ¡Mucho, Concha, muchísimo! Estoy en él y me parece un sueño.

Concha. Pues no sueña usted, no. Esto es la playa. Y no se arrime tanto, que Gaetano debe de andar por ahí. (Separándose ella un poco.)

Fernando. Por el disgusto que pudiera causarla lo sentiría únicamente; que por mí... Sobre todo, si usted me alentaba con su afecto... (Acortando distancias.)

Concha. ¡Ay, Fernando, qué peligroso es usted!

Fernando. Menos que usted.

Concha. (Con coquetería.) Y no le perdono a Pepito el que nos haya presentado.

Fernando. Pues yo pienso darle un banquete.

Concha. Al que asistirá Victoria, como es natural.

Fernando. (Dolido.) ¿Otra vez?

Cayetano. (Que sale por la izquierda y se aproxima al grupo sin ser visto.) ¡Concha!

Concha. (Sorprendida.) ¡¡Ay!!...

Fernando. (Levantándose.) (¡Demonio!)

Concha. ¡Hijo, qué susto!

Cayetano. (A Fernando.) *Scusate, siñore. Prrego un momento.* (Fernando asiente con un ademán de cabeza y se separa dos pasos, encendiendo un pitillo. A Concha, aparte.) Se me olvidó decirte que, si me llevan a la Comisaría, hagas los imposibles por sacarme.

Concha. (Molesta por haberles interrumpido con esta sandez.) ¡Pues claro, hombre! ¡Qué cosas tienes!

Cayetano. (A Fernando con una reverencia.) *Prrego, siñore* (Mutis rápido por la izquierda)

Fernando. (Vuelve a acercarse a Concha.) Pero, ¿qué le sucede a este señor?

Concha. Que está siempre de un humor de perros.

Fernando. Bueno, Concha; yo necesito hablar con usted sin que nos interrumpan.

Concha. ¡Pero... señor don Fernando, que va usted muy de prisa!

Fernando. (Estrechando la mano de ella.) ¿Esta noche, en el Casino?

Concha. (Después de vacilar un instante.) ...En la terraza de arriba.

Fernando. Gracias. (Mutis rápido por La Perla.)

Concha. (Mirándole marchar y suspirando.) ¡Ay! ¡Este es el único que puede echarlo a perder todo!

Chirimoya. (Sale por la segunda izquierda con los prismáticos en la mano y avanza disimuladamente hacia Concha, sin que ésta lo advierta. Al llegar junto a ella, le vuelve la espalda, mira con los gemelos a la primera izquierda y dice:) ¡Conchita!...

Concha. (Sorprendida.) ¡Ay! (Se vuelve.) ¿Pero qué es esto? ¿Otra vez usted?

Chirimoya. (Con naturalidad y sin abandonar su extraña actitud en toda esta escena.) ¡Chist! No se mueva. *Ne-*

sesario disimular. Podría comprometerse. Hágase chiva loca.

Concha. ¿Eh?...

Chirimoya. *Presensia* amigos impidiome anteriormente hablarla. Por eso diles *esquinaso*.

Concha. Pero...

Chirimoya. Escúcheme no más. La alhaja que enviádola guarda papelito secreto que debe retirar antes de venderla.

Concha. (Extrañada.) ¿Papelito?...

Chirimoya. Yo la idolatro, Concha. Soy inmensamente rico y, si usted quiere, nos vamos mañana.

Concha. ¡Claro!...

Chirimoya. Pongo a su *disposisión* veinte *miyones* de pesos.

Concha. (¡Caramba!) ¿Ah, sí? Pues ya que es usted an claro, le contestaré en el mismo tono. (Coge el «A B C» que se dejó Victoria en la silla y hace como que lee.) Acepto principio oferta, pidiendo plazo decidirme.

Chirimoya. Conforme. Diga *plaso*.

Concha. Quince días.

Chirimoya. *Consedido*. No hay más que hablar. Adiós. Hotel Cristina, por si la *hase* falta algo. (Sin saludarla, ni volver la cabeza, disimulando siempre, se va por la derecha.)

Concha. ¡Qué hombre tan pintoresco!... ¡Y son veinte millones!... ¡Y Fernando empeñado en echarlo a perder!... Si me curase de él en estos quince días... ¡Ay! ¡Siempre luchando el corazón y la cabeza!

(Por el último término izquierda sale DON CÁNDIDO, envuelto en amplia sábana y seguido de IÑASIO.)

Don Cándido. (A Iñasio.) ¿Y tú crees que no me habrá sentado mal esta ración hidroterápica?

Iñasio. No sé pues. Según la que te *haigas* comido.

Don Cándido. (Después de dirigirle una expresiva mirada.) ¡Si hablo del baño, mi excelente lamprea!

Iñasio. *Corrtito, corrtito* ha sido para daño *haserr*.

Don Cándido. Es encargo del médico, ¿sabes?, o pres-

cripción facultativa, para que lo entiendas mejor. Porque como hace ya más de veinte minutos que cumplí los cuarenta, me dijo que mis baños no deben ser más que un saludo al líquido elemento.

Iñasio. ¡Pero si pasar no hemos hecho de la segunda ola!...

Don Cándido. Es que, para un saludo, con dos olas hay muy bastante.

Iñasio. Bueno, bueno; forastero eres, *diñero* pagas, *rasón* tendrás.

Don Cándido. No te quepa la más leve, mi distinguido cántabro.

Iñasio. *Agora, comeniente* un rato o así pasear playa. Ya te sabes que es bueno secar pellejos al sol.

Don Cándido. Me has llamado pellejo, pero te lo perdono. Vete en paz.

Iñasio. Hasta mañana pues. (Mutis derecha.)

Don Cándido. Adiós, Mojamed.

Concha. (Advirtiendo la presencia de don Cándido.) (¡Calle! ¡Si está aquí la víctima! Preparemos el cepo.) (Tose con afectación y da unos pasos por delante de Mínguez.)

Don Cándido. (Admirándola.) (¡Repapeleta, qué mujer!... ¡Y después de tomar un baño!) (Concha deja caer su bolso.) ¡Señorita!... Permítame... (Recoge el bolso.)

Concha. (Disimulando.) ¿Qué?

Don Cándido. Este recipiente... (Se lo entrega con una de sus mejores sonrisas.)

Concha. ¡Ay, muchas gracias! No me había enterado.

Don Cándido. Hubiera sido lástima perder un artículo de tan buen gusto.

Concha. Más lo habría sentido por una joya que va dentro.

Don Cándido. ¿De gran valor, sin duda?

Concha. Un *pandantif* que acabo de quitarme porque tiene el broche muy flojo... (Sacándolo.)

Don Cándido. ¿Me permite usted? (Concha le entrega el pendentif.) ¡Cáspita! Sí que es bueno. (Contando las piedras.)

Una... dos... tres... Esto tiene de empeño dos mil quinientas pesetas.

Concha. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja, qué bromista! ¡Ya piensa en empeñarlo! (Vuelve a incautarse de la joya y se sienta.)

Don Cándido. Si es que hablo como técnico; porque yo poseo en la Corte dos casas de compra-venta mercantil...

Concha. ¡Ah, vamos! Alta tasación.

Don Cándido. Y raras veces me equivoco. (Transición.) Y eso que hay algunas alhajas de una tasación muy difícil. Usted, por ejemplo.

Concha. (Coqueta.) Vamos a ver: ¿cuánto daría usted por mí?

Don Cándido. ¡Bah! El dinero es prosaico para pagarla a usted. Usted merece amor, sacrificio...

Concha. ¡Uy, uy, uy! (Riendo.) No desmiente usted su profesión. (Transición, manoseando el pendentif.) Pero, ¿qué tendrá este maldito broche?

Don Cándido. Déjeme, que de eso entiendo yo algo. (Concha le entrega de nuevo la presea y don Cándido trata de arreglar el desperfecto con uñas y dientes.)

El Duque. (Saliendo por el último término izquierda.) Vamos, Pepito, que es muy tarde.

Pepito. (Saliendo ídem.) Esperemos un poco. El «Giralda» está a la vista y entrará en la bahía dentro de unos minutos. Dicen que va a desembarcar el Rey.

El Duque. (Complaciente.) ¡Bueno!

Pepito. ¡Todavía está allí la Concha!

El Duque. Y hablando con un señor muy raro.

Pepito. Pues resulta que conoce más gente de la que creíamos. (Quedan hablando en último término.)

Don Cándido. (A Concha.) ¿Quiere usted ponérselo, a ver si ahora sujeta?

Concha. (Dejándose poner el pendentif.) Ha sido usted mi Providencia. Hasta me ahorra el entrar en una joyería.

Cayetano. (Por la primera izquierda, muy agitado y siguiéndole LUIS, RAFAEL y ENRIQUE.) *Venite cuá, siñori miei; fátemi il piachere.*

Luis Pero, ¿qué es ello?

Cayetano. *Vedrai.* (Mostrándoles a Concha.) *Cuel-la donna... ¿Capíshe?*

Luis. Sí: aquella mujer.

Cayetano. *E la mía móllie.*

Luis. Es su esposa.

Cayetano. *Ecco. E cuel uomo... un sinvergontsone que vuole rubármela.*

Luis. Que quiere robársela.

Cayetano. *E io vollio...*

Luis. Y *usté*, un bollo.

Cayetano. *¡Ma qué* bollo!... *Io*... quiero, ¿eh? que ustedes *testiguen tutto cuesto.*

Luis. ¡Ah, muy bien! (Aparte a sus compañeros.) Nos divertiremos un rato. (Los tres están divertidísimos.)

Concha. (A don Cándido.) ¿Está ya?

Don Cándido. Todavía no agarra. A ver ahora... (Vuelve a morder el broche, teniendo su boca casi en contacto con la nuca de Concha.)

Cayetano. (A sus testigos, escandalizado.) *¡Guardate, siñori, mirate!...*

Concha. (Estremeciéndose, nerviosa.) ¡Que me hace usted cosquillas con el bigote!

Don Cándido. Y usted a mí con «los abuelos».

Cayetano. *¡Vedete, siñori!... ¡La morde il col-lo! ¡La morde il col-lo!*

Luis. ¡Calma, calma! (Conteniéndole.)

(No pudiendo Concha resistir por más tiempo las cosquillas que le hace el bigote, deja escapar un ligero grito y se escabulle de entre las manos de don Cándido, quedándose éste con el pendentif.)

Cayetano. (Furioso, se lanza sobre don Cándido.) *¡Ah, canallia!...* (Le sacude una fuerte bofetada y don Cándido se tambalea.)

Concha. ¡Ay!

El Duque. ¿Cómo?
Pepito. ¿Qué pasa?
(Casi simultáneo. Aproximándose al grupo.)

Don Cándido. ¿Pero qué es esto? (Llevándose una mano a la cara.)

Cayetano. *¡Qui e cuesto, eh? ¡Qui e cuesto!... Cuesto e un mamporro. E cuesto...* (Le planta otro manotazo en la mejilla desocupada.) *e un altro mamporro.*

(Al escándalo ha acudido más gente. Todos hacen corro.)

El Duque. (Interviniendo.) ¡Pero, señores, por Dios!...

Cayetano. (Trágico.) *¡Ah!... Il prresente* hipopótamo... *¡Il porco tiburone que si vede... ¿eh?... non e un cavaliere; e un vile, que prretende concuistare a la mia sposa!*

Don Cándido. ¡Es falso!

Cayetano. *¡E la mordiva il col-lo!*

Don Cándido. ¡Falso!

Cayetano. *¡E la bachaba cuí!* (Dándose un cachete en la nuca.)

Don Cándido. ¡Falso!

Cayetano. (Rectificando.) *Cherto: cuí, no; la bachaba cuí.* (Da otro cachetito sobre la nuca de Concha.)

Don Cándido. ¡Todo eso es falso!

Cayetano. *¡Ma no! ¡Ma non e falso!... Io prresento testimonio.* (Mostrando a los Pollitos.) *¡Eccolo cuá!* (Volviéndose a todos los demás circunstantes.) *E tutti cuanti, donne e siñori, diranno que tutto cuesto e vero.* (Preguntándoles.) *¿Non e vero?... E vero.*

Luis
Rafael. } *¡E vero! ¡E vero!...*
Enrique.

Don Cándido. ¡Pues *non e vero!*

Cayetano. *Vedete la proba. Vedete cuel-lo que porta en la mano.* (Le arrebata el pendentif.) *It maledetto voleva rubarme la mía móllie con cuesto regalo.* (Encarándose con don Cándido.) *¿E al-lora? .. ¿Eh?... ¿E falso anque cuesto?*

Don Cándido. El *pandantif* no es falso; pero la historia, sí.

Cayetano. *¡La storia! ¡La storia!... ¡Tache, trraditore! ¡Io ti faró morire come un cane!*

Don Cándido. Esa joya no es mía. Que diga esta señora de dónde procede.

El Duque. (Aparte a Pepito.) ¿Qué va a pasar aquí?

Pepito. (Aparte al Duque.) ¡Pobre Chirimoya!

Don Cándido. (A Concha.) ¡Vamos: hable usted!

Luis.
Rafael. } ¡Que ha...ble! ¡Que ha...ble!...
Enrique.

Cayetano. (A Concha.) *¡Andiamo vía! ¡Farla!*

Concha. (Con temor hipócrita.) Mucho siento tener que confesarlo...; pero... efectivamente... este caballero (Por don Cándido.) se obstinaba en que yo aceptase esta joya.

Don Cándido. ¡Fantasmagórico! (Asombrado.)

Concha. A lo cual yo me resistí cuanto pude.

Don Cándido. ¿Pero qué infamia es esta?

El Duque. (Enérgico, a don Cándido.) ¡Basta! ¡Malo es hacer lo que usted ha hecho; pero atreverse a desmentir el propio testimonio de la dama ofendida, es una canallada.

Don Cándido. ¡Señor mío!...

Pepito. ¡Basta, le han dicho a *usté!* Las pruebas le condenan de un modo irrecusable.

Don Cándido. (A Pepito.) ¿Y a usted quién le mete...?

Cayetano. ¡Basta!

Don Cándido. Pero...

Luis, Rafael y Enrique. ¡¡Basta!!

Don Cándido. ¡Bueno! ¡Pues estoy fresco!

Cayetano *Finalmente: oñi persone anno detto que voi siete il colpévole, e io bisoño castigare la vostra indiñitá. Ecco il mío guanto de desafío.* (Le arroja al rostro la toalla.)

Don Cándido. ¡Señores!... ¡Que esto es un error judicial!

Cayetano. ¡¡Cobarde!!

Don Cándido. ¡Que esto es un abuso!

Cayetano *¡¡Gal-lina!!*

Don Cándido. (Con brusca decisión.) ¡Vaya! ¡Se acabó! (A Concha.) Usted, señora, afirma que esta alhaja es mía y que se la quería regalar... ¿no es eso? (Le quita el pendentif.) Bueno; pues me arrepiento, y me la guardo (Lo oculta en el pecho.)

Cayetano. (¡Rediez!)

Concha. (Aparte a Cayetano.) ¡Que se queda con ella!
Cayetano. (Aparte a Concha.) ¡Y con nosotros!
Pepito. (Aparte al Duque.) ¡Esto se complica!
(Muy rápido)

Don Cándido. (A Cayetano.) Y usted, señor Macarroni, o se desdice ahora mismo de todo eso que ha *ladrao*, o le remonto las narices a tres mil metros sobre el nivel del mar.

Cayetano. *¿A mé?*

Don Cándido. ¡A *té!* Y como también yo me traigo mis guantes de desafío, ¡ahí va ese! (Le arroja a la cara un puñado de arena, cegándole.)

Cayetano. (Llevándose las manos a los ojos.) (¡Maldita sea!...)

Don Cándido. (Que se ha quitado las calabazas de la cintura.) Y ahora, el otro guante. (Le tira las calabazas a la cabeza.)

Concha. ¡¡Ay!!...

Cayetano. (¡Mi cabeza!)

Don Cándido. Y ahora a examinarme de boxeo italiano. A ver, maestro. (A Cayetano.) *Cuesto e* un mamporro. (Le mete un puñetazo en el costado derecho.) *Cuesto e* un *altro* mamporro. (Otro en el izquierdo.)

Cayetano. ¡Granuja!

(Gran algazara. Algunos personajes tratan de sujetar a don Cándido, pero éste se da tal prisa en repartir golpes con las vejigas, que se hace dueño de la situación.)

Concha. ¡¡Socorro!!

El Duque. ¡Ese hombre es una fiera!

Celador 1.º (Que sale con el 2.º por la primera derecha.) ¡Alto!

Don Cándido. ¡No me da la gana! (Continúa atizando.)

Celador 1.º ¡He dicho que alto!

Don Cándido. Y yo (Gritando.) ¡¡que no me da la gana!! ¿Lo quiere usted más alto?

Pepito. ¡Es un energúmeno!

Celador 1.º (Que con su compañero ha sujetado a don Cándido.) Venga usted con nosotros.

Don Cándido. ¡Hombre! ¿Y ese tío? (Por Cayetano.) ¿Se va a quedar aquí?

(Concha está soplándole en los ojos a Cayetano.)

Celador 1.º Eso no es cuenta de usted. A usted le hemos cogido armando escándalo y usted viene a la Inspección.

Don Cándido. ¿A la inspección yo?

Celador 1.º Está usted sujeto a responsabilidad.

Don Cándido. ¡Toma! Pues si no estuviera sujeto, del porrazo que le daba a ese en las narices se le acababan los catarros.

Cayetano. (A don Cándido.) Quedamos en que nos veremos. (Esto lo dice tapándose los ojos con el pañuelo de Concha.)

Don Cándido. ¿Verme tú?... Como no te pases por los ojos la barredera mecánica...

Celador 1.º Vamos.

Cayetano. ¡Miserable! ¡Canalla! ¡Ladrón!...

Don Cándido. ¡Mecachis en mi pueblo!... (Da una fuerte sacudida, desasiéndose de los Celadores, y se lanza sobre Cayetano.)

Unos. ¡Sujetadle!

Concha. ¡Socorro!

(Suena dentro un cañonazo.)

Luis. ¡El «Giralda»! (Mirando a la izquierda.)

Pepito. ¡El «Giralda»!

(Otro cañonazo.)

Luis. ¡Viva el Rey!

(Todos, menos don Cándido, Cayetano, Concha y los Celadores, hacen mutis, corriendo, por la izquierda, quitándose los sombreros y agitando pañuelos. Por los ventanales del practicable asoman varias personas con pañuelos también. El sexteto de La Perla rompe a tocar la Marcha Real. Mucho entusiasmo y gran animación.)

Don Cándido. (A Cayetano, separándose de él.) Bueno; se suspenden las hostilidades en atención a la solemnidad del momento; pero estoy a sus órdenes.

(Otro cañonazo.)

Luis. (Dentro y lejos.) ¡Viva el Rey!

Todos. (Idem, idem.) ¡¡Vivaaa!!...

(Cañonazo)

Don Cándido. (A Cayetano.) ¡Adiós, morral!... (A la izquierda.) ¡¡Viva el Rey!!

(Los Celadores vuelven a sujetarle y se lo llevan hacia La Perla.)

Todos. (Dentro.) ¡Vivaaa!...

(Cañonazo.)

Don Cándido. (Medio mutis.) ¡Mamarracho! (Transición.) ¡¡Viva nuestro monarca!! (Mutis.)

Todos. (Dentro.) ¡¡Vivaaa!!..

(Cañonazo y telón.)

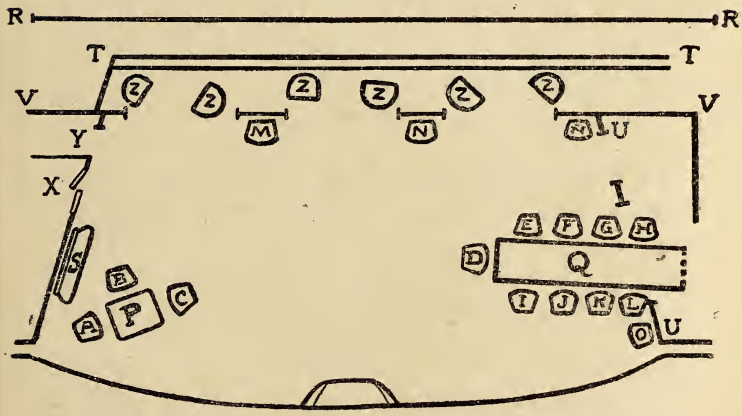
FIN DEL ACTO PRIMERO

Parte de la decoración del acto segundo, viendose en la escena de izquierda a derecha del grabado, a Victoria, Luis, Rafael, Mercedes, Don Cándido, Don Fermín, Gutiérrez, Fernando, Chirimoya, Totó, Trini, Punto 1.º y Punto 2.º

Fot. Zegrí. *(Blanco y Negro.)*

ACTO SEGUNDO

Sala de juego en el Gran Casino de San Sebastián, con arreglo al siguiente plano:



A, B, C, D E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, Ñ y O.=Sillas de tapicería, pero pequeñas y ligeras.

S.=Diván. Sobre él un espejo grande.

P.=Mesita moderna.

Q,=Mesa larga de ruleta, sobre cuyo verde tapete están trazados en blanco los cuadros y los números que constituyen el campo de acción característico de este juego. La parte que el público ve de la mesa se supone que es menos de la mitad, imaginando que la rueda,

los «croupiers», el trozo restante y algunos otros jugadores se hallan dentro.

Z.=Butaquitas de mimbre.

X.=Puerta de dos hojas que abren hacia dentro. Solo juega una de ellas

Y.=Puertecita sin hojas que da acceso al bar.

U. U.=Practicable con dos arcos: el primero mayor que el segundo, por razones de perspectiva.

V. V.=Rompimiento con varias puertas que dan acceso a la terraza. Estas puertas están abiertas de par en par, habiéndose pintado las hojas en escorzo sobre las «patas» del rompimiento. Los extremos de éste van pintados para servir de visuales.

T. T.=Balaustrada de la terraza.

R. R.=Telón de fondo que representa una parte de San Sebastián vista de noche.

En primer término derecha, sobre el practicable, a una altura de metro y medio, hay una ventanilla para cambiar por ella fichas, monedas y billetes.

El suelo. alfombrado de verde.

Instalación de luces, artísticamente dispuesta.

—

Al levantarse el telón están charlando junto a la mesita del primer término derecha nuestros amigos LUIS y RAFAEL, correctamente vestidos de «smoking»; aquél sentado en la silla C y éste reclinado sobre el respaldo de la silla A y fumando. En la silla D, fumando descocadamente y haciendo juego en la ruleta, está TRINI. En la E, el PUNTO 1.° En la J, el PUNTO 2.° En la I, JEANETTE. En la F, la SEÑORITA 1.ª En la G, la SEÑORITA 2.ª Apoyado en el respaldo de la silla que ocupa TRINI se encuentra el femenil TOTÓ. Junto a la balaustrada de la terraza vemos a MADAME BERENGUELA y a PEPITA. En pie, detrás de las sillas E, F y G, y formando grupos en los últimos términos, colocará la dirección escénica algunos personajes de comparsería bien vestidos y caracterizados. De cuando en cuando, atraviesa el salón en distintas direcciones, GUTIÉRREZ, que lleva y retira servicios de refrescos, bebidas, etc. También de tiempo en tiempo se oirá la VOZ de los CROUPIERS que rigen la partida y el ruido característico de fichas y monedas. A lo lejos suena una orquesta que calla poco tiempo después de comenzar el diálogo.

Voz. (En cuanto empieza a elevarse el telón.) Hagan juego, *señogues*. (Ligera pausa.) ¿Está hecho? (Idem.) No va más. (Idem.) Siete; *encagnado*. (Movimiento en los jugadores. Ruido de fichas. Las raquetas funcionan; barriendo para adentro, naturalmente. Pausa.) Hagan juego, *señogues*. (Los «Puntos» obedecen como borregos.)

Rafael. (A Luis.) ¿Y tú crees que vendrá esta noche?

Luis. ¿Quién: don Cándido?... Primero faltaría el cero en la Ruleta. Vendrá, vendrá el gordinflas; es un tío castizo.

Rafael. No; si yo no dudo de su casticismo. Lo que temo es que *acharao* con la bronca de ayer en la Playa, se marche de San Sebastián.

Luis. ¡Buen *cuidao* le dan a ese las broncas! ¡Menudo frescales!

Rafael. Yo, hasta el derrumbamiento aquel de los barquillos, no le había visto en mi vida.

Luis. Pues ya lleva unas noches viniendo por aquí. Es juerguista de suyo. En cuanto llega, se sienta en la terraza con tres o cuatro ninfas, y se pone a «soplar.» (Acción de beber.) Media hora más tarde, indefectiblemente, está el gachó con una «trompa» que no se puede lamer, y entonces es cuando le da por la «timba».

Rafael. ¡Oportunísimo!

Voz. No va más.

Luis. El socio apunta fuerte; pero, aunque no salga su número, se emperra en que le paguen y se pone, ¡figúrate, hecho un pelmazo!

Rafael. Ya.

Voz. *Diesinueve; encagnado.*

(Movimiento en los jugadores, etc.)

Luis. Anteanoche, sin ir más lejos, se acerca, tambaleándose, a aquella mesa y dice:—«¡Cien pesetas a negro!»

Rafael. ¿Y salió el rojo?

Luis. Y se empeño en cobrar. No, y en poco estuvo que no cobrara, porque ¡hay que ver lo plúmbeo que se pone el amigo! Luego, saca un billete de quinientas y

se lo planta en la calva a aquel *crupié* de allá, diciendo: —«¡Al 30 *pelao!*» Y a todo esto, con unos hipos y unos resoplidos, que casi volaban las fichas. Total: que protestaron los demás jugadores y que entre dos o tres criados intentaron sacarle del salón medio a rastras. Pero gritó el buen hombre: —«¡Dejadme! ¡Quiero hacer la última jugada! ¡La última, y me marcho! ¡Palabra de Mínguez!» Conque logró soltarse; volvió a la mesa con paso incierto y la cara muy lívida y, desplomándose materialmente sobre el banquero, dijo: —«¡Esto a rojo!...» ¡Paf! (Accion de vomitar.) Y los puso perdidos.

Rafael. ¡Qué grosero!

Voz. ¡Nueve; *encagnado!*

(Movimiento en los jugadores, etc.)

Totó. (A Trini.) ¡Ay, Jesús, pobre Trini! ¡Te están arruinando! ¡Es que, vamos, que no das ni una!

Voz. Hagan juego, *señogues.*

(Trini coloca su postura.)

Totó. ¡Cuidado que llevas rato persiguiendo ese 35, y es que, vamos, ni por casualidad! (A Totó le molesta el humo.)

Voz. ¿Está hecho?

Totó. Luego, juegas tan fuerte...

Voz. No va más.

Totó. ¡Ah! Ya renuncias al 35. Muy bien. A ver ahora...

Voz. *¡Tgentaisinco; nego!*

(Movimiento, etc.)

Totó. ¡Hija, por Dios!...

Trini. (A Totó, con muy mal humor.) ¡Claro! ¡Te pasas la noche aconsejándome, y me azaras!

Totó. Pero...

Trini. No, si es muy general eso de creer que los jugadores no tenemos criterio propio. «Juegue *usté* al 4.» —«¿Por qué no apunta *usté* al 21?» —«¡Pero, criatura, si no sabe *usté* jugar!» Se vuelve una entonces al señor mirón y le dice: —«Y *usté*, ¿por qué no juega, si

tan segura tiene la ganancia?»—«¡Toma!—responde—Porque me han *dejao* ya sin un céntimo!» (Transición.) ¡Así sois todos los que... *sabéis* (Muy marcado.) jugar!

Totó. ¡Ay, hija, perdona, perdona!...

Luis. Anoche estuvo aquí. Ya ves lo que le *acharan* a ese las broncas.

Rafael. ¡Atiza! ¿Y vino el italiano? (Se sienta en la silla B.)

Luis. El italiano no pudo moverse del hotel. Tenía los ojos hechos polvo.

Rafael. ¡Lo creo!

Luis. (Confidencial.) Además, te diré que el gran don Cándido me facilitó anoche una chapuza.

Rafael. (Con extrañeza.) ¿A ti?

Luis. Fantasmagórica, según él. (Saca de un bolsillo el «pendentif» del primer acto y se lo enseña recatadamente a Rafael.) Mira.

Rafael. (Asombrado.) ¿El *pandantif* de la Concha?

Luis. No; el *pandantif* de don Cándido, quien me lo vendió en esta mesa, a las dos y media de la madrugada, y con una cogorza de las de abrigo.

Rafael. ¿Pero cómo fué eso?

Luis. Pues nada; que se me acercó preguntándome: —«Joven noctámbulo: usted, que conocerá San Sebastián mejor que yo, ¿sabe dónde me comprarían una alhaja a estas horas? Me han dejado sin una peseta y quiero ver si me desquito.»

Rafael. ¡Tiene gracia!

Luis. Yo, figurándome lo que era, me dejé caer. «Si la cantidad que *usté* necesita no es muy grande, y la alhaja me gusta...» No me permitió acabar. El hombre tiró de *pandantif* y me dijo: «¿Tiene *usté* ahí mil pesetas?»

Rafael. ¡Chico! ¡Es de balde!

Luis. Excuso decirte que se las di en seguida. Y excuso decirte que las perdió a los diez minutos. (Se guarda la joya en el bolsillo.)

Rafael. Y ahora, ¿qué vas a hacer con eso?

Luis. Pues ganarme otras mil «plumas» en cuanto me dé la gana.

Rafael. ¡Vaya un vivales! No sabía que te dedicabas a esos negocios.

Luis. Ya lo dijo el poeta: «*La noche... La ocasión...*» (Se levanta.)

Voz. *¡Quinse; nego!*

(Movimiento, etc.)

Trini. (Levantándose, contrariada.) ¡Vaya! ¡No hay manera!

Totó. ¡Hija, es que estás como nunca! ¿Por qué no pruebas a apuntar las jugadas en esos cartoncitos, como hacen algunos?

Trini. ¡Valientes tontos! ¡Encima de perder, devanarse los sesos! ¡Quita, quita!...

Totó. Pues algo sí adelantan con esa martingala; porque el rato que están tomando notas, no juegan, y como no juegan, no pierden. (Mutis los dos por la izquierda.)

Luis. (A Rafael.) Si hubiera querido aprovecharme, le ofrezco dos mil reales y me la da lo mismo. (Transición.) Además, chico, «cuando pasan rábanos, comprarlos».

Rafael. (Levantándose.) Y si los rábanos son de joyería, mejor todavía. (Salen a la terraza.)

Voz. Hagan juego, *señogues.*

Victoria. (Que sale por la izquierda, seguida de MERCEDES.) Ven; nos sentaremos aquí. Ya me han *limpiao er borsiyo...* (Ocupa la silla A.)

Mercedes. Yo gano catorce duros. ¿Quieres algo?

Victoria. No, *mujé;* si quisiera dinero, ahí está Guillermo, que me daría unos billetes. Es que me canso ya.

Mercedes. Pues yo voy a seguir, que estoy de buenas. (Medio mutis.)

Victoria. (Deteniéndola.) No; espera; ven acá; siéntate un momento. (Mercedes se aproxima.) ¿Qué: sabes *argo* del asunto?

Mercedes. Algo hay.

Victoria. *¡Asaúra!* ¿Y a cuándo aguardas *pa desírmelo?*

Mercedes. Como estabas jugando... (Se sienta en la silla C.)

Victoria. ¡Anda ya: desembucha!

Mercedes. Bueno. Sabrás que el americano ha vuelto a decirme que a toda costa necesita el *pandantif;* que le hable yo a ese tío gordo—por supuesto, como cosa mía—y que se lo compre a cualquier precio.

Victoria. ¡Chica, qué interés! Pues con encargarle *ar* joyero otro igual...

Mercedes. Eso le dije yo; pero, por lo que él se ha *explicao,* debe tener la alhaja algún secreto en el interior de un esmalte...

Victoria. ¿Un secreto?... (Burlona.) ¿No te habrá *contao* un episodio de «Los Misterios de Nueva York»?

Mercedes. En ese esmalte debe de haber un papelito que compromete a la Concha o al americano, y que en manos ajenas pudiera ser un arma. ¿Comprendes ahora?

Victoria. ¡De película! (Transición. Con rencor.) ¡Ah, si eso fuera *verdá!* ¡Si existiera *er* tal papelito que compromete a la Concha, quien compraba esa alhaja era yo!

Mercedes. ¡Bah! *¡Pa* qué te vas a meter en líos!

Victoria. Y tú, ¿has *hablao* ya con el señor gordo?

Mercedes. Lo tengo de compañero de fonda...

Victoria. (Extrañada.) ¿Que está en tu misma casa?... ¿Y cómo no lo he visto yo nunca?

Mercedes. Porque ha venido esta tarde. Al hombre lo han *echao* del Hotel Arana, donde no le podían aguantar. Veremos lo que dura.

Victoria. Y, ¿qué te ha dicho?

Mercedes. Que perdonara por Dios; que el *pandantif* se lo vendió anoche a un individuo de quien no guarda la menor idea, porque estaba un poco *mareao,* y no recuerda más sino que se lo vendió.

Victoria. ¡Bien!

Mercedes. Como que el tío quiere también recuperar la joya en cuanto reciba dinero de *Madrí,* y anda loco buscando al comprador.

Victoria. ¡Tiene *gravia!* Pues el americano se va a *poné* suave en cuanto lo sepa.

Mercedes. Bastante lo siento; porque me hubiera *dao* una comisión pistonuda. Por si acaso, le he *hablao* a Manolo el Bizco, ese que corre con alhajas, a ver si da con ésta.

(En la terraza, Luis y Rafael, se han puesto a charlar con madame Berenguela y con Pepita. Por la puerta primera derecha sale FERNANDO, avanza dos pasos hacia la izquierda, se detiene, pasea una mirada por el salón, y. al divisar a Mercedes, se dirige a la izquierda del primer término.)

Fernando. Mercedes: ¿me haces el favor?

(Mercedes mira a Victoria, se levanta y se acerca a Fernando.)

Victoria. (A Fernando, con sorna.) ¡Con permiso!

Fernando. (Que responde a Victoria con una mueca despectiva.) Mira, Mercedes, necesito de ti un servicio que te pagaré bien.

Mercedes. Ya está.

Fernando. (Marcándolo mucho.) Tengo un interés loco, pero loco, por adquirir un *pandantif* que debe estar en manos de un tal Cándido Mínguez; ese tío gordo, tan ridículo.

Mercedes. (Sorprendida.) ¿También tú?

Fernando. ¿Cómo?

Mercedes. (Disimulando.) Nada; que me extraña un poquito verte comprando joyas de las caras.

Fernando. ¡Bah! Cuando se juega con fortuna, hay que permitirse algún lujo.

Mercedes. ¡Hola! Se te ha *dao* bien, ¿eh?

Fernando. Doce mil pesetas en el Aero Club.

Mercedes. Las mismas que vienes a dejarte aquí.

Fernando. Mientras no haya *comprao* esa alhaja que busco, no pienso jugarme ni un céntimo. Conque dime que sacarás el *pandantif* aunque sea del centro de la tierra.

Mercedes. ¡Hombre!... Procuraré...

Fernando. No te pesará. (Marca el mutis por la izquierda.)

Mercedes. Oye...

Fernando. (Se detiene y hace ademán de sacar la cartera.) Qué: ¿te hace falta algo a cuenta?

Mercedes. ¡No! (Fernando se aproxima.) Es que quería hablarte de la pobre *Vitoria.* (Mueca de disgusto en Fernando.) ¡Mírala! ¡Se consume la infeliz desde que la has *dejao!*

Fernando. (Irónico.) ¡Ahí tiene a su Guillermo, que es tan rico!

Mercedes. Pero si no le quiere; si a quien quiere es a ti.

Fernando. Conmigo no vuelve a divertirse más.

Mercedes. ¡Pobrecilla! ¡Si es más buena que una manzana!

Fernando. ¿Una manzana?... Pues, ¡anda y que la pelen! (Mutis por la izquierda.)

Victoria. (Se levanta y sale al paso de Mercedes, con gran avidez.) Qué: ¿qué te ha dicho? ¿Te ha dicho *argo* de mí?...

Mercedes. ¡Calla, mujer! ¡Te digo yo que el globo *terránquio* está *ca* día más *mochales!*

Victoria. ¿Pues?

Mercedes. ¿A que no adivinas el encarguito que me ha hecho?

Victoria. ¿Un canario flauta?

Mercedes. ¡Sí, sí: flauta!... ¡El *pandantif* de don Cándido!

Victoria. (Sin comprender.) ¿De don Cándido?

Mercedes. Así se llama ese tío gordo.

Victoria. Pero...

Mercedes. Nada; que el señorito Fernando ha *ganao* doce mi pesetas, y que tiene un interés loco, pero loco, por comprar esa alhaja. ¿Qué te parece?

Victoria. (Molesta, nerviosa y pensativa.) ¿Que qué me *parese?*... Pues que, efectivamente, debe *tené* la *tar* joyita *argo* que le preocupa a la Concha y que Fernando

quiere *ofisiar* aquí de redentor regalándola el *pantantif*. (Irónica.) ¡Oh, qué rasgo! ¡Qué *arsión* tan noble y tan *cabayeresca!* A buen seguro que no hubiera hecho eso por mí. (Con decisión.) ¡Ah! ¡Pero todavía no lo ha hecho! ¡Aún puedo yo probarle a ese *arrastrao* que soy mala enemiga!... (Pasea nerviosa.)

Mercedes. ¿Qué vas a hacer?

Victoria. Por de pronto, óyeme. Si dentro de cuatro horas no está en mi poder ese maldito *pandantif,* no *vuervas* a mirarme a la cara en tu vida. (Medio mutis.)

Mercedes. ¡Pero, mujer!...

Victoria. En cambío, si lo encuentras y me lo traes, te *ví* a *dá* más *biyetes* que plumas *yevas* en el sombrero. (Marca el mutis por la segunda derecha.)

Mercedes. Piensa que...

Victoria. No pienso *na.* (Mutis rápido por la segunda derecha.)

Mercedes. ¡Ole! (Mirándola.)

Totó. (Que sale muy decidido por la primera izquierda y se acerca a Mercedes.) Oye, Mercedes...

Mercedes. (Volviéndose a él, rápidamente.) Ya sé lo que quieres: que te traiga un *pandantif.*

Totó. (Asombradísimo.) ¡Hija, por Dios! ¡Si yo no uso esas cosas!...

Mercedes. Dispensa, hija, digo hijo; que estaba distraída.

Totó. De parte de Trini, que hagas el favor de acercarte un momentito.

Mercedes. Entonces es ella. ¡Dichosa alhaja! ¡Ni que *fuá* el anillo del Monilungo! (Mutis por la primera izquierda.)

Totó. Tú sabrás lo que dices. (Vase tras de Mercedes.)

Don Fermín. (Por la segunda izquierda, con GUTIÉRREZ, que lleva un servicio en la mano.) Como es hoy el primer día que sirve usted aquí, se lo perdono; pero ya lo sabe para siempre: a ningún empleado de la casa le está permitido sostener conversaciones con la clientela.

Gutiérrez. Es que me preguntó...

Don Fermín. Perfectamente. Cuando preguntan algo, se les contesta lo menos posible; lo preciso. ¿Que insisten? Pues se da media vuelta. (Y, uniendo la acción a la palabra, vase don Fermín por donde vino.)

Gutiérrez. Está bien, señor. (Mutis por la segunda derecha.)

Voz. No va más.

Luis. (Avanzando hacia el primer término derecha, con MADAME BERENGUELA, PEPITA y RAFAEL.) En la terraza hay mala luz. (A Berenguela.) Mala *lumiere.* (*) *¿Vu comprán pá, madame?*

Berenguela. (Sonriendo.) ¡Oh, sí!

Luis. Aquí lo verán ustedes mejor.

Pepita. A ver, a ver esa compra maravillosa.

(Luis se sienta en la silla A; Pepita en la B; Berenguela en la C, y Rafael permanece en pie entre las dos mujeres.)

Luis. (Saca el «pendentif» con gran solemnidad y lo enseña recatadamente a Berenguela y a Pepita.) *¡Voalá le roá* de la *joyeríe!*

Rafael. ¡Una tontería de artículo! La mujer que se ponga esto, se lleva todos los hombres detrás.

Berenguela. (Riendo.) De *segugo.* (Examinando la alhaja.)

Pepita. Sí que es precioso.

Luis. (A Berenguela, después de una pequeña pausa.) ¿Y a *vú:* le *plé?*

Berenguela. ¡Oh, sí, sí! *Vegdadegamente* es muy selecto.

(Sale GUTIÉRREZ por la segunda derecha con unos refrescos; al pasar junto al Punto 1.° recibe una orden de éste y vase por la segunda izquierda.)

Pepita. (A Berenguela.) ¡Hale! Atrévase *usté* con él.

Berenguela. *¡Oh, la lá!... Atgevegme...* Si es... *¿Común* se *dise an* español?... Si es... una *canga...*

Luis. ¿No ha de serlo? *Canguísima.* Mire *vú:* a *muá,*

(*) Lo mismo esta palabra que las que continúan, en mal francés, deben ser pronunciadas como están escritas, marcándolas mucho y con acento español.

la *verité,* no me ha costado *plus* que tres mil *franques.* Con ganarme veinte «luises» *pur... pur l'Espáñ e le Maroc, shé finí.*

Berenguela. (A Pepita.) ¿A usted qué le *paguese?*

Pepita. Que si yo los tuviera, se los había dado ya.

Berenguela. Bueno. (A Luis.) Se lo *compgo.* (Devolviéndoselo.) *Guágdemelo paga* mañana.

Luis. (Rechazándolo con dignidad.) ¡Vamos, *madame!* ¡No faltabá *plus! Vu* se lo lleva ahora *mém* y *vu* me dona *l'arshán* cuando *vulé vu.* Y no hay *plus* que hablar.

Berenguela. (Riendo y guardándose el «pendentif».) *Megsí.*

Luis. *Pás de cátr.*

Pepita. (A Luis, con sorna.) ¡Chico, dominas el *fransuá* como un *oncle!*

Luis. Y, además, hago contigo una «vaca» de a duro.

Pepita. (Despectiva.) ¿De a duro? ¡Eso no es una vaca; es una oveja!

Luis. Pues de a cinco. (Saca un billete.)

Rafael. (Idem.) Ahí van los míos.

Berenguela. (Idem.) *E* los míos.

(Gutiérrez sale por la segunda izquierda y hace mutis por la segunda derecha.)

Luis. Que se encargue Pepita de administrarla.

Pepita. (Recogiendo el dinero.) ¿A qué mesa vamos?

Rafael. A la del fondo.

Pepita. *¡Alón!*

Luis. (Acercándose rápido a la ventanilla del cambio.) *Mesié:* Vaya *usté* contando billetes, porque dentro de un cuarto de hora hemos saltado la banca. (Mutis los cuatro, alegremente, por la segunda izquierda.)

Voz. ¿Está hecho?... No va más. (Pausa.) *Tgentaisinco, nego.* (Movimiento, etc.)

(Abrese la puerta primera derecha y aparece de espaldas DON CÁNDIDO, qeu viene protestando contra alguien que está dentro. Los jugadores se impacientan al oir las voces.)

Uno. (Dentro, a la izquierda.) ¡Silencio!

Punto 2.º ¡A ver ese!...

Otro. ¡Que se calle!

(Otros sisean y murmuran.)

Don Cándido. (Cortando su disputa.) ¡Bueno, bueno! ¡Vaya usted a la gloria! (Da un portazo.) ¡Qué tío más cernícalo!

Don Fermín. (Que, al escándalo, ha salido por la segunda izquierda y se aproxima a don Cándido.) Pero, ¿qué le ha ocurrido?

Don Cándido. (Malhumorado.) ¡Ese avestruz que tiene usted ahí para tomar la filiación a los que entramos en a sala de juego!

Don Fermín. ¿Le ha faltado a usted?

Don Cándido. ¡Sí, señor; me ha faltado... el canto de un duro para no romperle la cara!

Don Fermín. ¡Hombre!...

Don Cándido. Desde hace siete u ocho días está viéndome entrar constantemente. Pues, bien, no hay una sola vez que no me detenga para hacerme el padrón. (Imita el diálogo.) —«¿Cómo se llama usted? —Lo mismo que ayer. —¿Edad? —Un día más. —¿Natural? —¡Natural! —¿Estado? —¡Nerviosísimo! —¿Profesión? —Mis labores. —¿De dónde viene? —De estirar las piernas. —¿Reside habitualmente? —En la Comisaría...» (Transición.) ¡Vamos, le digo a usted que es un perfecto sinapismo!

Don Fermín. ¡Bah! No le extrañe. Acaso le confunda...

Don Cándido. ¡Sí: con la Imperio!

Don Fermín. Ya comprende usted que en un Casino cosmopolita, donde entra toda clase de gente, es preciso adoptar precauciones...

Don Cándido. ¡Y tanto! Lo primero, ficharle a uno. Después, que deje usted el sombrero en el guardarropa; que deje usted el bastón en el guardarropa... —¿Y el dinero: lo dejo también en el guardarropa? —No, señor; el dinero ya se lo dejará usted ahí dentro.

Don Fermín. (Forzando una sonrisa por no pegarle un tiro.) ¡Qué cosas tiene usted! (Mutis por la primera derecha.)

Don Cándido. ¡Sí, sí!... ¡Cosas!... (Mirándole marchar.)

Voz. Hagan juego, *señogues.*

Don Cándido. (Dirigiendo la mirada al lugar de donde salió la voz e imitando su tonillo.) ¡Voy en seguida! (Se aproxima a la mesa de juego y queda en pie detrás de la silla D.) ¡Madamas y caballeros: salud y concordia! (Nadie le hace caso.) ¿Cómo va esto?... ¿Se dan mayores?... ¿Se repite algún número?... Claro; como acabo de llegar, estoy hecho un taco.

Voz. ¿Está hecho?

Don Cándido. (Al lugar de la voz.) Un taco. (Transición.) Pero ahí va ese durito con dirección al veintidós. (Echando la moneda y empujándola con una raqueta.)

Voz. No va más.

Don Cándido. ¡Toma! Eso ya lo sé yo. El durito que va una vez ahí, ya no vuelve.

Voz. Veintidós; *nego.*

(Movimiento, etc.)

Don Cándido. (Muy contento.) ¡Caray!... ¡Fantasmagórico!

Voz. ¡Pleno!

Don Cándido. ¡Aquí! (Cobra las fichas que le corresponden.) Muy bien. Ya hemos calado el melón. Y que viene bueno. Como que es cosa de sentarse. (Ocupa la silla D.) Nada, que hoy me quedo solo dando «golpes». (Reparando en Jeannette.) Y no estoy mal de vecindario.

(Jeannette vuelve la cara hacia su derecha.)

Voz. Hagan juego, *señogues.*

Don Cándido. (Procurando ver la cara de Jeannette.) De eso tratamos. (Transición.) Pero, en fin, soy hombre agradecido y voy a saludar al veintidós. ¡Ahí van esos cinco! (Echa una ficha en el lugar correspondiente y se entrega a la dulce faena de buscar con su pie derecho los de Jeannette, hasta que cree haber conseguido su objeto, y roza con afán una pata de atrás de la silla I.)

Voz. ¿Está hecho?

Don Cándido. Me parece que sí. (Con intención.) (¡Hoy estoy de «pata»!)

Voz. No va más.

Don Cándido. (Mira de soslayo hacia el suelo y advierte su equivocación.) (¡Atiza! ¡Pues sí que estoy de pata!)

Voz. Veintidós; *nego.*

(Movimiento, etc.)

Don Cándido. (Radiante.) ¡Zambomba!

Voz. Pleno.

Don Cándido. ¡De mi exclusiva pertenencia! (Cobra el hombre.) Lo dicho: que hoy me quedo solo. (Al Punto 1.º) ¿Lo ve usted, hombre de Dios? ¿De qué le sirve llevar tantas horas tomando apuntes? ¡Siete cartones llenos de números, y perdiendo el dinero!

Punto 1.º (Malhumorado, le contesta en un «camelo» de ocho o diez palabras, que lo mismo pueden ser alemanas, que japonesas, que turcas.) ¡.....!

Don Cándido. (Que le ha escuchado boquiabierto y sin pestañear.) ¿Lo ve usted? Eso ya es otra cosa. Cuando se dan razones tan claras como las que acabo de oir, no hay más remedio que callarse.

Uno. (Dentro, a la izquierda.) ¡No caerá esa breva!

Don Cándido. ¿Cómo?

Uno. Que no caerá esa breva.

Don Cándido. (Al sitio donde partió la voz.) También he comprendido esa metáfora vegetariana.

Voz. Hagan juego, *señogues.*

Don Cándido. (Tomando varias fichas para poner.) Como las balas. Este «luis», al veintidós; este otro, al «cuadro»; y estos diez, a la calle del veintidós. ¿Está esto claro?... Pues ¡venga de ahí!

Voz. No va más. (GUTIÉRREZ sale por la segunda puerta de la derecha con un chocolate y un bollo y coloca el servicio en una mesita volante que pone entre el Punto 1.º y don Cándido.) *Veintisinco; encagnado.*

(Movimiento, etc.)

Don Cándido. (Al croupier invisible.) ¡Eh, amigo! Que esa postura es mía. (Rumores dentro, a la izquierda.) Sí, sí; he jugado al veintidós, a la «calle» y al «cuadro». (Rumores prolongados.) Bueno; todo lo que usted me dice en

el «cuadro» está muy bien; pero eso no me lo repite usted en la «calle».

(Rumores.)

Uno. ¡Que se calle!

Otro. ¡Que se calle!

Don Cándido. ¿Que me calle?... Corriente; guardaremos silencio, que hay un cadáver en la casa. Descanse en paz. (Se sienta.) El muerto al hoyo... y el vivo al bollo. (Coge distraídamente el bollo del chocolate que le trajo Gutiérrez al Punto 1.° y lo muerde.)

Punto 1.° (Protesta en su oscuro lenguaje.) ¡.... .....!

Don Cándido. ¡Ay! Usted perdone si he levantado yo también una postura que no es mía. (Deja el bollo en el plato.)

Punto 1.° (Replica.) ¡.....!

Don Cándido. ¡Bah! La cosa no tiene importancia. «*¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!*»

Voz. Hagan juego, *señogues.*

Don Cándido. (Al tomar fichas para jugar, se le caen varias de ellas al suelo. Nadie se mueve.) ¡Ay! Un momento. Acaban de caérseme algunas fichas; pero no se molesten ustedes. Hasta luego. (Se mete debajo de la mesa a recoger sus fichas y se queda extasiado ante las piernas de Jeannette.) (¡Pardiez, qué extremidades!... ¡Esto sí que es un pleno!... ¡Y qué medias tan finas!...) (Don Cándido se propasa a juzgar por el tacto la buena calidad de las medias y Jeannette escabulle sus remos.)

Voz. ¿Está hecho?

Don Cándido. (¡Ca, hombre; si no se está quieta!) (Insiste en el quinto sentido.)

Voz. No va más.

(Jeannette, nerviosa ya, le sacude a don Cándido un puntapié en la cara.)

Don Cándido. ¡Ay!

Voz. Siete; *encagnado.*

(Movimiento, etc.)

Don Cándido. (No sé si me habrá hecho en la cara un siete; pero encarnado sí que se pone.) (Trata de incorporarse en el sitio en que está y levanta la mesa con su espalda.)

Unos. ¡¡Ay!!
Otros. ¡Qué es esto! } (Poniéndose todos en pie, alarmados.)

Don Cándido. (Debajo de la mesa todavía.) No es nada, señores. Hagan juego.

Jeannette. (Contrariada) ¡Oh, *mon Dié! ¡Setamposibl sá!...* (Recoge sus cosas y se va por la izquierda refunfuñando.)

Punto 2.º ¡Sí que tienen razón! ¡Esto es intolerable! (Idem.)

Punto 1.º (Larga otro «camelo», mientras recoge sus cartones y se marcha también por la izquierda, llevándose la bandeja con su chocolate.)

Don Cándido. (Vuelve «a la superficie» y se sorprende por encontrarse solo.) ¡Hombre!... ¡Fantasmagórico!... Ya contaba yo con quedarme solo; pero no tan pronto. ¡Y es que se han retirado hasta los *crupiés!...* (Resignado.) Bueno. (Recoge su dinero.) Quiere decirse que seguirá la racha en otro tapetito; porque esta noche me gano yo aquí hasta la alfombra. ¡Vaya si me la gano! (Mutis segunda izquierda.)

(CONCHA y CAYETANO salen por la primera derecha)

Concha. (Tendiendo una mirada por la sala de juego.) ¡Qué desanimado está esto!

Cayetano. Poco más o menos, como nosotros.

Concha. ¡Ay, querido! Yo estoy atravesando unos instantes que acaso deciden de mi vida, y eso no es para bailar la rumba precisamente.

Cayetano. (Contrariado.) No me hables así, Concha; porque preveo que vas a hacer una gansada de las grandes, y no tienes idea de lo atroz que sería para mí acostarme con un Banco en Roma y despertar sobre un banco de Recoletos.

Concha. Todavía no hay nada decidido. Aún quedan dos semanas.

Cayetano. ¡Conchita, por Dios, mira que son veinte millones de pesos!

Concha. (Con arrobamiento.) ¿Y no sería un sacrificio hermoso renunciar a una fortuna así por el amor de un hombre?

Cayetano. Te diré. No ese; todos los hombres del planeta los cambio yo por una perra chica.

Concha. ¡Mira qué rico!... ¿Y las mujeres?

Cayetano. También.

Concha. Gracias por la galantería. (Transición.) Pero no hay que precipitar los acontecimientos. Lo que haya de ocurrir, ya vendrá por sus pasos contados.

Cayetano. Preferible es que venga por sus pesos contados.

Concha. Tiempo hay.

Cayetano. (Transición.) Tienes razón, ¡qué *diámine!* (Adopta una actitud fanfarrona.) *¡Ancora sono il cavaliere Di Fiori!* (Transición.) ¡Ah, tú! ¿Y a cuánto asciende el capital de este poderoso banquero, que no lo hemos fijado nunca?

Concha. Puedes echar de largo. Cuesta lo mismo.

Cayetano. Si te parece... doscientos millones de francos, o de liras...

Concha. Yo creo que de liras.

Cayetano. ¡Toma! ¡Y yo también! *¡Má* ésta! (Transición.) Bueno. Programa para esta noche.

Concha. Ya lo sabes. Yo a continuar jugando con el fuego. En estos días que tengo de plazo, quiero convencerme de si es amor lo que me inspira ese hombre, o no es más que un capricho. Y tu misión, por hoy... como no sea recuperar el *pandantif*...

Cayetano. (Amenazador) ¡Oh! ¡A ese tío!...

Concha. Y si no, déjalo; yo lo intentaré. Para emplear la fuerza, siempre estamos a tiempo. No hagas nada. (Transición.) ¡Fernando viene!

Cayetano. (¡Me veo en Recoletos!)

Fernando. (Por la izquierda.) Buenas noches. (Estrecha la mano que Concha le tiende y se inclina ante Cayetano.)

Concha. (Presentándolos.) Don Fernando Solís... El señor Di Fiori...

Cayetano. (Estrechando su mano.) *Tanto piachere...*

Fernando. *Piú grrande il mío di conócherlo.*

Cayetano. (Fingiendo una agradable sorpresa.) *¡Oh, chóia! ¿Parlate italiano?*

Fernando. ¡Pché! *Un poquino.*

Cayetano. *Cuesto mi piache.*

Concha. ¿Estaba usted jugando?

Fernando. No; viendo jugar. Ese Chirimoya se lleva esta noche lo menos diez mil duros.

Cayetano. (Con envidia.) *¡Santa Madonna!* (Rectifica rápido fingiendo desden.) *¡Bah! ¡Non ché niente! ¡Diechi mila duri...!* (¡Quién los píllara!)

Fernando. (A Concha, con intención.) No hay como ser rico para conseguirlo todo.

Concha. ¿Usted cree?...

Fernando. Y usted también.

Concha. ¡Oh, no! Hay muchas cosas que no se alcanzan con dinero.

Cayetano. *Cherto. E una vera disgrratchia, ¿eh? ma cherto.*

Fernando. (A Concha.) Pues yo siempre oí decir: «Santa *Guita*, abogada de imposibles».

Concha. (Riendo.) ¡No, por Dios! Santa Rita; con erre.

Fernando. Eso era en tiempos de Mari-Castaña. Hoy no se reza más que a Santa *Guita;* con ge; créame usted a mí.

Cayetano. (A Concha.) *Mi pare que há rachone il pollino.*

Fernando. (Extrañado.) *¿Il pollino?*

Cayetano. (Rectificando.) *Scussate... Vollio dire il pollito... il chiovinotto...*

Fernando. Sí; ya.

Concha. (Que mira a la izquierda.) Aquí está el afortunado.

Fernando. Pues cuando abandona la mesa es que ya ha comido bastante.

(Sale CHIRIMOYA por la izquierda, guardándose fichas en los bolsillos.)

Concha. (A Chirimoya, en cuanto éste aparece.) ¿Queda alguna peseta en la Banca?

Chirimoya. (Acercándose al grupo.) Buenas noches, Conchita. (Se dan la mano.) Señor mío... (A Cayetano con una inclinación.)

Concha. (Presentándoles.) El señor Di Fiori, banquero de Roma. Don Belisario Chirimoya, opulento capitalista americano. (Pónese a hablar con Fernando.)

Chirimoya. (Avanza hasta Cayetano y se estrechan la diestra.) Tengo un honor muy grande, señor, y *conosco* su prestigiosa casa de crédito. (Sorpresa en Cayetano.) A mi paso por Roma, ¿no? tuve ocasión de *negosiar* unos valores *ayá*-

Cayetano. No... digo, sí. (¡Este tío es más fresco que yo!) *E una casa mañífica, ¿sái? Una casa forte, rispettata per tutto il mondo. La mía casa de Banca e la piú antica di Roma. Cuatrro mila cuatrrochento cuaranta cuatrro anni prrima di la Era Cristiana.* (¡Toma frescura!) (Siguen hablando.)

Fernando. (Aparte a Concha.) Yo no sé... No sé qué pruebas darle...

Concha. (Aparte a Fernando.) Si yo me convenciese de que no tiene usted nada con esa Victoria...

Fernando. ¡Pero si no la saludo siquiera!...

Concha. Luego, luego hablaremos. (A Chirimoya.) Conque, ¿qué tal?

Fernando. (Idem.) ¿Cómo ha *terminao* eso?

Concha. Estaba diciéndonos Solís que ha hecho usted un destrozo en la ruleta.

Chirimoya. ¡Oh! No le crean. Unos cuantos *sentavos* nada más.

Concha. ¿Y cómo lo deja tan pronto?

Chirimoya. Porque les divisé a ustedes y es más interesante su grata compañía. (Concha y Cayetano se inclinan.) Además, el juego no es muy *novedoso* para mí, ¿sabe? *Aya* en América hay unas partidas tremendas; ¡cosa bárbara, *ché!* Los *millyones* de pesos van y vienen con una *rapidés* vertiginosa, y se registran *susedidos* de un *matís* novelesco. Yo *presensié* uno en Chuquisaca, ¿no? (Mirando a Cayetano.)

Cayetano. Sí.

Chirimoya. Y jamás se borrará de mi memoria. Tan indelebles son los caracteres con que se me grabó. Figúrense que el cajero de una *sosiedá* ferroviaria estaba una noche jugando fuerte y dejándose mucha plata en la mesa. En el momento en que yo entraba en el salón sacó el *infelís* cuatro *sentenes*, apuntó al *catorse* y los perdió. Sacó quinientos pesos, apuntó al *catorse* y los perdió. Sacó una pistola, apuntó al banquero y lo mató. (Todo esto lo cuenta con la mayor naturalidad, como la cosa más plácida del mundo.)

Fernando. ¡Qué horror! (Burlón.)

Concha. Y ya me figuro lo que ocurrió después.

Chirimoya. Dígalo no más.

Concha. Que el juez de instrucción no se atrevió a entrar en la casa de juego a levantar un muerto.

Fernando. (Riendo.) ¡Claro!

Chirimoya. *¡Presisamente!* (Riendo.) ¡Ha estado oportuna!

Concha. (A Cayetano.) ¿Te parece que nos acerquemos a ver cómo anda la partida?

Cayetano. *Andiamo.* (Inician los cuatro lentamente el mutis hacia la izquierda por este orden: Concha, Cayetano, Chirimoya y Fernando.)

Fernando. (A Chirimoya.) De modo que en América se juegan ustedes las pestañas, ¿eh?

Chirimoya. Tanto como las pestañas, no; pero hay quien ha perdido el bigote.

Fernando. ¡Ah, sí?

Chirimoya. Y se registra más de un caso. Yo presensié uno en Pernambuco, ¿no?, y jamás se borrará de mi memoria. Figúrese que... (Al llegar aquí han hecho mutis todos.)

(GUTIÉRREZ cruza la escena de izquierda a derecha por el segundo término.)

Señorita 1.ª (*) (Que sale por la segunda izquierda, malhumorada.) ¡Esto no hay quien lo sufra! ¡A ese tío lo de-

(*) Estas cinco salidas han de ser rapidísimas.

bían echar de una vez! (Se acerca a la ventanilla del cambio, da unas fichas, recibe unos billetes y hace mutis por la primera derecha.)

señorita 2.ª (*) (Por la segunda izquierda, furiosa.) ¡Vaya un pelmazo! (Mutis primera derecha.)

(Mercedes sale también por la izquierda y hace mutis por la segunda derecha; pero con naturalidad.)

Punto 2.º (*) (Por la segunda izquierda, indignado también.) ¡Si es loco que lo encierren, y si está borracho que lo maten!... (Mutis primera derecha.)

Jeannette (*) (Por la segunda izquierda, igualmente enojada.) *¡Oh, mon Dié! ¡Set en hom efroayán!...* (Mutis primera derecha.)

Punto 1.º (*) (Por la segunda izquierda, con la bandeja y el chocolate y expresando en su oscuro lenguaje el enfado que siente, deja el servicio sobre la mesita P y se aproxima a la ventanilla del cambio.) ¡¡.....!!

Don Cándido. (Por la segunda izquierda.) Nada, que es imposible. Ya se me han levantado los de otra mesa. Algunos querían gastarme bromitas. Pero yo les he dicho:—«¡Poco a poco, disipados mortales! ¡Conmigo no se juega!»... Y todos me han dado la razón y se han ido.

Punto 1.º (Después de cambiar fichas por dinero, dirígese a la primera derecha, lanzando furibundas miradas a don Cándido y apostrofándole entre dientes.) ¡.....!

Don Cándido. (Al Punto 1.º) ... Y tú más.

Punto 1.º ¡¡.....!!

Don Cándido. ... Y tu padre, más todavía. (El Punto 1.º hace mutis.) Hasta mañana, si Dios quiere. (Transición, avanzando hacia el proscenio.) Bueno, y a todo esto .. ¿a quién le vendería yo anoche el *pandantif?* (Preocupado.) Porque quisiera recuperarlo. El comprador será persona razonable y reconocerá que no me hallaba yo en disposición... mercantil. Pero ¿y quién es el comprador?... ¡Dios mío, tan terrible era la «merluza» que no tengo ni idea?... Me parece que fué un joven... (Sale TOTÓ por la primera izquierda en dirección a la segunda derecha.) Acaso este... (Llamándole.) Oiga, gentil mancebo.

Totó. (Deteniéndose.) ¿Es a mí?

Don Cándido. Completamente.

Totó. Muchas gracias. (Se le acerca, solícito.) Usted dirá...

Don Cándido. Vamos a ver. Por una casualidad de esas de película, ¿es usted el nocturno adquirente de un *pandantif?*

Totó. ¡Ay, por Dios, caballero! ¡Ya es la segunda vez que me hablan de eso esta noche!

Don Cándido. ¡Hola! ¿Y puede saberse quién lo hizo la primera?

Totó. ¿Por qué no? Mercedes Larroca.

Don Cándido. (Con decepción.) ¡Bah! Esa lo hizo por encargo mío.

Totó. Entonces...

Don Cándido. Perdón, esbelto pollo...

Totó. Muchas gracias.

Don Cándido. Esto ha sido un *lapsus vulgaris.*

Totó. Está usted perdonado. (¡Vaya con el *pandantif!)* (Mutis segunda derecha.)

Don Cándido. (Reflexionando y sin referirse para nada a Totó.) Pues, señor, hay quien nace para banderillero. Yo no he nacido para policía particular. (Transición.) Y el caso es que la transacción debió de realizarse por este rinconcito. (El primer término derecha.) Tal vez... (Se acerca a la ventanilla del cambio y pregunta:) Solitario señor: ¿fué a usted a quien yo le propuse anoche la venta de una alhaja? (Ligerísima pausa.) ¿Cómo? (Idem, ídem.) ¡Hombre! ¡Eso no es una contestación; eso es una grosería! (Idem, ídem.) Bueno, bueno; no hay que enfadarse. (Toma una silla, como para darle un silletazo.) Y no se asome usted a la ventanilla, porque es peligroso. (Separándose) Pude haber nacido para banderillero.

Concha. (Que sale por la primera izquierda en dirección a don Cándido.) Caballero: muy buenas noches. (Está algo azorada.)

Don Cándido. (Sorprendido.) ¡Diablo! ¿Usted por aquí?

Concha. Vengo a suplicarle que perdone la escena de la playa. No fué mía la culpa. Las circunstancias...

Don Cándido. Ya... Ya suponía yo que era usted una mujer de circunstancias; pero, vamos, ¡no tantas!

Concha. Cuando nos sorprendió mi marido, me atolondré de tal manera, que no supe salvar la situación.

Don Cándido. (Rencoroso,) ¡Señora: lo que hizo usted conmigo...!

Concha. Sí, lo confieso: no tiene nombre.

Don Cándido. ¡Vaya si lo tiene! Pero no es cosa de decírselo a usted.

Concha. Yo sé que hablo con un caballero y un hombre de mundo que sabrá hacerse cargo de mi difícil trance.

Don Cándido. (Indiferente.) ¡Bueno!

Concha. Y ahora confío en que me devolverá usted el *pandantif.*

Don Cándido. ¿Devolvérselo?... ¡Ah, eso sí que no!

Concha. ¿Cómo?... ¿Será usted capaz de quedarse con un objeto que no le pertenece?

Don Cándido. Usted declaró ayer todo lo contrario.

Concha. Pero a usted le consta que no es verdad.

Don Cándido. Lo cierto es que por aquella declaración me zambullí en un lío muy decente, me puse en evidencia, me pegué con un hombre, me sentó mal el baño, me llevaron a la Comisaría y encima de todo tuve que pagar una multa. ¿Y eso?

Concha. Bien; pero...

Don Cándido. (Terminante.) Nada. Lo menos que puedo hacer, como indemnización para la víctima (Señalándose.) y castigo para el culpable, (Señalando a Concha.) es quedarme con el *pandantif.*

Concha. Puedo presentar cuatro testigos de que es mío

Don Cándido. Y yo cuatrocientos de que es mío. Toda la playa lo escuchó de sus labios.

Concha. (Contrariadísima y jugándose la última carta.) Está bien; quédeselo. Pero, al menos, déjeme examinarlo un momento para poder encargarme otro igual.

Don Cándido. (¡Demonio!)

Concha. Vamos... ¿Ni eso siquiera?

Don Cándido. Es que... lo tengo en casa.

Concha. Entonces, ¿podré ir mañana a verlo?

Don Cándido. (Súbitamente.) ¡Quiá, quiá! Lo que usted quiere es quedarse con él.

Concha. (Ofendida.) ¡Señor mío!...

Don Cándido. Todo lo señor que a usted le dé la gana; pero ese *pandantif*... ha subido a la gloria.

Concha. ¡Bueno! Ya que se niega usted a entregarlo, no faltará quien se lo arranque. (Mutis izquierda.)

Don Cándido. (Mirándola.) ¿Quien me lo arranque?... (Transición.) ¡Pero quién me lo habrá arrancado?... Porque con todo esto va aumentando mi afán por recobrar la joya. (Sale GUTIÉRREZ por la segunda derecha con un vaso de limonada y otro de naranjada en una bandeja. Llevan los dos cnatro pajas muy largas atravesadas en una rodaja de limón y de naranja, respectivamente.) ¡Tate! Un camarero puede muy bien haber oído... (A Gutiérrez, que se dirige hacia la izquierda.) Escuche el apreciable fámulo. (Gutiérrez se detiene sin volver la cabeza.) ¿Podríamos hablar unos momentos?

Gutiérrez. (Con sequedad.) Me está prohibido. (Sigue andando.)

Don Cándido. (Al verle la cara.) ¡Calle!... ¡Gutiérrez!

Gutiérrez. (Vuelve a detenerse y mira a don Cándido.) ¡Toma! ¡Si es don Cándido!

Don Cándido. (¡Gracias a Dios que encuentro un amigo, aunque sea de calzón corto!)

Gutiérrez. (Disimulando mucho se aproxima a don Cándido y con la vista tendida hacia la izquierda le dice:) No nos dejan hablar con nadie; pero disimule *usté* mucho y dígame lo que quiera. (Están los dos frente al público y muy juntos. Don Cándido a la derecha de Gutiérrez. Este, sin cesar de mirar a la izquierda durante toda esta escena, tiene la bandeja descansando sobre el antebrazo derecho.)

Don Cándido. ¿Tú has oído hablar de un *pandantif?*

Gutiérrez. ¿Cómo?... (Sin volver nunca la cabeza hacia don Cándido.)

Don Cándido. ¿Que si en presencia tuya se ha dicho algo de un *pandantif?*

Gutiérrez. ¡Vaya, don Cándido! ¡Sigue *usté* con la misma afición a los «camelos»!

Don Cándido. (¡Atiza, que no me va a entender!) De una alhaja que vendieron anoche aquí, ¿tienes tú referencias?

Gutiérrez. ¿De una alhaja? ¿Sabe *usté* dónde podrán darle razón?

Don Cándido. (Con ansia.) ¿Dónde, dónde?...

Gutiérrez. Pues... en las joyerías. (Ingenuo.)

Don Cándido. (Amenazándole sin que él lo vea.) (¡Nos ha fastidiado!)

Gutiérrez. Y yo también quiero hacerle a *usté* una pregunta.

Don Cándido. ¿Sobre alguna otra alhaja?

Gutiérrez. (Malicioso.) ¡Y tanto!... ¿Qué se hizo de aquella que hablaba con *usté* y con don Ciriaco todas las tardes en el cine de la Encomienda y que al último se escapó con *usté?*

Don Cándido. (Sorprendido y contrariado.) ¡Eh, tú, poco a poco! A mí no me metas en líos. Con quien se escapó fué con don Ciriaco. Todavía están en Barcelona, según mis noticias.

Gutiérrez. Pues dijeron que había sido *usté.*

Don Cándido. ¡Pues dijeron muy mal! (Al mirar tan cerquita de su boca la paja del vaso de naranjada, no puede resistir la tentación y se pone a chupar sin que Gutiérrez lo advierta.) ¡Si llega a enterarse el marido!... ¡Qué ligereza! ¡Sois de lo que no hay! (Vuelve a chupar.)

Gutiérrez. ¡Vamos, vamos, no se enfade *usté!*

Don Cándido. ¡No me he de enfadar! (Chupa de nuevo, pero Gutiérrez hace un movimiento para mirar al último término izquierda, girando la cintura sin alterar la posición de los pies y separa por lo tanto del alcance de don Cándido la bandeja con los refrescos.) ¡Si es que hay cosas que no se pueden tomar con calma!

Gutiérrez. Estaba casada con un tal Cayetano Flo-

res. (Vuelve el busto a su primera posición y, por lo tanto, la bandeja.)

Don Cándido. Exacto. (Reanuda la succión.)

Gutiérrez. Y recuerdo que ella tenía una boquita muy menuda.

Don Cándido. Mucho. Una boquita así... (Chupa.)

Gutiérrez. Y el marido chupaba de Gobernación.

Don Cándido. ¡Valiente sinvergüenza!

Gutiérrez. A todos los que chupan les debía ocurrir lo mismo.

Don Cándido. ¡Hombre! ¡A todos, no! (Chupa.)

Gutiérrez. Pues por de pronto, ese ¡está fresco!

Don Cándido. ¿Que si está fresco? ¡Fresquísimo! (Chupa con deleite.)

Gutiérrez. Y don Ciriaco era muy rico, ¿verdad?

Don Cándido. ¡Riquísimo! (Idem.)

Gutiérrez. ¡Qué chascos dan algunas personas!

Don Cándido. ¡No lo sabes tú bien! (Idem.)

Gutiérrez. Cuando yo le veía en el cine de conversación con ella y con *usté*, nunca me hubiera *figurao* que se llevaría la «media naranja» de otro.

Don Cándido. En verdad te digo, ¡oh, proletario!, que no puede uno fiarse de nadie. (Chupa.)

Gutiérrez. Ya lo veo, ya.

Don Cándido. (¡Qué has de ver, hombre, qué has de ver!) (Idem.)

Gutiérrez. (Sonriendo) Parece que estoy oyéndoles a ustedes corear aquello de «¡Arriba el limón»! .. (Bajando la bandeja para dar expresión a lo que canta.)

Don Cándido. ¡Ah, sí! ¡Arriba el limón! ¡Arriba!... (Aludiendo al refresco.) Que se te va a caer.

Gutiérrez. ¡Qué tiempos aquellos! (Transición.) Vaya, pues si no quiere *usté* más...

Don Cándido. (Dejando de chupar y separándose.) No; ya no quiero más.

Gutiérrez. Hasta otro ratito. (Medio mutis a la izquierda.)

Don Cándido. ¡Adiós, Gutiérrez! (Le vuelve la espalda.)

Gutiérrez. (Que al iniciar el mutis, repara en la merma su-

frida por el vaso de naranjada y se vuelve a don Cándido con severidad.) ¡Hombre... eso no está bien!

Don Cándido. ¡Cómo! ¿Te molesta que te llame Gutiérrez?

Gutiérrez. ¡Lo que me molesta es que me ha *desnivelao usté* un vaso!

Don Cándido. ¿Yo?...

Gutiérrez. ¡Pues claro! ¿Quién va a ser? *!Usté* que tenía las pajas al alcance de la boca!

Don Cándido. ¡Bueno, hombre! ¿Y me vas a armar un escándalo por un «quítame allá esas pajas»?... Déjame ahí todo eso (En la mesita P.) y cobra lo que sea. (Le entrega un duro.)

Gutiérrez. (Que deja el servicio en la mesita, devuelve el cambio a don Cándido y percibe la propina.) Y ahora tengo que ir a buscar otro servicio. (Marca el mutis hacia la segunda derecha, llevándose el servicio que dejó antes el Punto 1.°).

Don Cándido. (Que se ha sentado en la silla B.) Oye.

Gutiérrez. (Acude.) Mande *usté.*

Don Cándido. Un consejo. Si cuando vayas con refrescos quiere alguien darte conversación, no le hagas caso. Es un proverbio árabe.

Gutiérrez. (Sonriendo.) ¡Ya, ya! (Marchándose.) ¡Siempre lo mismo! (Mutis segunda derecha.)

Don Cándido. (En su nuevo ataque a los refrescos.) ¡Pues no era flojo el lío que me habían armado por cuenta de don Ciriaquito!... ¡Vamos, señor!... ¡Un adulterio!...

Fernando. (Que desde hace unos instantes se encuentra en la terraza paseando con Concha, le dice a ésta:) Cuente usted con él.

Concha. Yo sabré agradecérselo. (Mutis por la izquierda de la terraza.)

Fernando. (Se aproxima a don Cándido.) Con permiso. (Se sienta en la silla C. Don Cándido le mira con curiosidad.)

Don Cándido. Usted se lo toma.

Fernando. Aunque sólo nos hemos visto una vez, ayer en la playa, y yo en traje de baño... (Sin amabilidad ninguna.)

Don Cándido. (Recordando.) ¡Ah, sí! Usted se encontraba en el grupo donde yo me caí.

Fernando. Justamente.

Don Cándido. (Amable) ¿Quiere usted tomarse esta limonada?

Fernando. (Rechazándola secamente) Gracias. Vengo a preguntarle a *usté* si querría venderme una joya.

Don Cándido. (Sorprendido.) ¿Una joya?... ¿Por ventura este anillo? (Mostrándole uno que lleva en un dedo.)

Fernando. (Niega con la cabeza.) Es un *pandantif*.

Don Cándido. (¡Ya pareció aquello!)

Fernando. Le daré a *usté* lo que me pida.

Don Cándido. Pero es que yo no puedo darle a usted lo que me pide.

Fernando. ¿Cómo?

Don Cándido. Por una razón que acaso le convenza: porque no se halla en mi poder.

Fernando. (Incrédulo.) Conque no, ¿eh?

Don Cándido. Conque no, ¿eh?

Fernando. Sin embargo, acaba *usté* de decirle a una persona que sí que lo tiene.

Don Cándido. Pues de entonces acá, lo he vendido.

Fernando. (Con incredulidad agresiva.) ¡Qué raro! ¡Y lo tenía *usté* en su casa!

Don Cándido. ¡Pues lo he vendido!

Fernando. (Conteniéndose.) Por lo menos será *usté* tan amable que me diga a quién se lo vendió.

Don Cándido. No me acuerdo.

Fernando. (Soltando su furia) ¡Vaya, vaya! ¡Esto es ya demasiada burla! ¡O me entrega *usté* ahora mismo esa alhaja que no le pertenece, o hago que le arrojen del Casino por ladrón!

Don Cándido. ¡Y yo a usted por el hueco de la escalera!

Fernando. (Se pone en pie bruscamente.) ¡Basta!... ¡Recibirá *usté* la visita de dos amigos míos!

Don Cándido. Y si no estoy en casa, que dejen tarjeta.

Fernando. La tarjeta se la dejo yo a *usté.* (Arroja sobre la mesita una que sacó de la cartera.)

Don Cándido. ¡Muy bien!

Fernando. Beso a *usté* la mano.

Don Cándido. Yo no le beso a usted nada. (Fernando hace mutis por la segunda derecha. Gutiérrez sale segunda derecha y vase izquierda.)

Don Cándido. ¡Fantasmagórico!... Me meten en un lío... Me salgo del lío... Vuelven a enredarme en el lío... Y cada vez se complica más el lío. (Lee la tarjeta.) «Fernando Solís, Caballero de Gracia, 25.» ¡Pues sí que tiene gracia este caballero! ¿Qué le importará a él...?

Chirimoya. (Por la izquierda y acercándose a don Cándido que toma sus refrescos.) Usted perdone. ¿Hablo con don Cándido *Míngues?*

Don Cándido. Tiene usted ese gusto.

Chirimoya. Corriente. (Se sienta en la silla C.) Mi *intensión* es comprarle a usted una cosa.

Don Cándido. ¿A mí?... ¡Por Dios, se va usted a molestar en comprarme nada! ¡Si mi santo es el tres de octubre!...

Chirimoya. No me sea festivo. Usted *conose* el paradero de un *pandantif* y yo le doy a usted lo que quiera si me pone sobre la pista.

Don Cándido. (Impaciente.) (¡Pues señor!...)

Chirimoya. Pida usted lo que quiera.

Don Cándido. Gracias; ya estoy tomando. (Por los refrescos.)

Chirimoya. Es usted ocurrente.

Don Cándido. Regular. Unos días más que otros. (Transición.) (¡Caray! ¿Me habré dormido y será esto una pesadilla?)

Chirimoya. ¿No me contesta nada?

Don Cándido. Sí, señor: que ni tengo el objeto que usted busca, ni sé quién lo tiene.

Chirimoya. ¡Eso es una *macana, ché!*

Don Cándido. No entiendo de *camelos, ché.*

Chirimoya. Muy bien. Usted se niega terminan-

temente a restituir una presea que no es de su dominio.

Don Cándido. Así parece.

Chirimoya. Pues yo le *yamo* a usted *pendejo*. (Don Cándido permanece impasible.) ¡Le *yamo* a usted *pendejo!* (Don Cándido, inalterable, sigue chupando de la paja.) *Pendejo*, *traducido* al lenguaje de su padre de usted, significa granuja.

Don Cándido. (Con calma, después de una pausa.) Bueno. Todo eso me lo diría un hombre, y me haría saltar; pero me lo dice una cotorra huérfana, y ya lo ve usted: inconmovible.

Chirimoya. (Levantándose y sacando una tarjeta de su cartera.) Pues yo le garanto que se ha de conmover. (Arroja la tarjeta sobre la mesita.) *Resibirá* usted la visita de dos amigos míos. (Mutis primera izquierda.)

Don Cándido. ¿Otra?... ¡Pues, señor, mañana voy a tener besamanos! (Lee la tarjeta.) «Doctor Belisario Chirimoya.» ¡Muy bonito apellido!... Le habrá tocado en alguna rifa. (Chupa de la paja.)

Cayetano. (Por la segunda izquierda, se aproxima a don Cándido, y apoyando una mano sobre el respaldo de la silla C, pero sin sentarse, le mira fijamente.)

Don Cándido. (Levanta, al fin, la vista, y se encuentra con Cayetano.) (¡Ole! ¡Este faltaba!... Un español, un americano y un italiano. El lío toma carácter internacional. La neutralidad corre peligro.) (A Cayetano, que no cesa de mirarle.) ¿Qué pasa?... ¿Se va usted a retratar? (Ligera pausa.) Usted vendrá también por el *pandantif*, ¿no es verdad? (Vuelve a tomar su refresco, sin alzar la vista.)

Cayetano. *Ecco.*

Don Cándido. Y querrá apoderarse de él a todo trance, ¿no? (Chupa sin mirarle.)

Cayetano. *Ecco.*

Don Cándido. Y creerá usted que la tal joya continúa conmigo. (Idem, íd.)

Cayetano. *Ecco.*

Don Cándido. (Mirándole a la cara.) Pero, ¿usted es una persona, o es el eco?

Cayetano. (Solemne.) *¡Io sonno il vindicatore de due donne!*

Don Cándido. ¡Caramba! ¡Pues no es usted nadie!

Cayetano. *¡E io castigueró al uomo que ha rubato un pandantifo que non era suo e al brrigante que, cuatrro anni fa, scapó de Madrrí con una donna que non era sua!*

Don Cándido. (Contrariado.) (¡Mira qué gracia! ¡Ya va Gutiérrez contando por ahí lo del cine!)

Cayetano. *¿Hay capito?*

Don Cándido. ¡Hay narices! (Se levanta, impaciente.) Acabemos de una vez. ¿Qué es lo que usted desea: que se repita la escena de la playa, con mamporros y todo? (Disponiéndose a ello.)

Cayetano. *¡Oh, no, no! Cuí non vollio ripétere cuel-la echena. ¡Sono un chentiluomo!...*

Don Cándido. ¿Entonces?...

Cayetano. *Ascoltátemi. Si lei non vuole restituirmi il pandantifo, io...* (Echando mano a la cartera.)

Don Cándido. (Atajándole.) No diga usted más. Recibiré la visita de dos amigos suyos, y, además, me regalará usted una tarjeta..

Cayetano. *Ecco la.* (Le entrega una tarjeta, que don Cándido arroja sin leer sobre la mesita donde yacen las otras dos.)

Don Cándido. Y, como ya me canso de visitas, antes de que aparezca otro pelmazo, vamos a acabar de una vez. Acepto la cuestión y me voy a buscar dos padrinos. *¿Hay capito?*

Cayetano. *Perfettamente.*

Don Cándido. (Que marca el mutis por la primera izquierda y se detiene, contrariado.) (Pero, ¿a quién busco yo, si no conozco a nadie y todos los «puntos» me tienen una «hincha» que no me pueden deglutir?...)

Cayetano. *Non ritornerai tropo tarde, ¿eh?*

Don Cándido. No se impaciente vuestra señoría, melenudo rival. (Solemne.) Para morir, siempre es temprano. Larrochefoucauld. (Mutis primera izquierda.)

Cayetano. (Mirándole marchar.) Este tío está dispuesto a todo. Y menos mal que no me ha dado aquí la segunda lección de boxeo.

Chirimoya. (Por la segunda izquierda y dirigiéndose a Cayetano.) Le *nesesito* a usted.

Cayetano. *¡E io a voi!*

Fernando. (Por la segunda derecha y dirigiéndose a los dos.) Les necesito a ustedes

Chirimoya. (A Fernando.) Y yo a usted.

Cayetano. (Idem.) *¡Anquío!*

Fernando. Mi asunto es una cuestión personal.

Chirimoya. ¡Puche! ¡También el mío!

Cayetano. *¡Anque il mío, per Baco!... ¡Io me battiró col siñore Cándido Míngues!*

Chirimoya. ¡Rebanana! *¡Presisamente* es mi rival!

Fernando. ¡Y el mío!

Chirimoya. Como que fué aquí mismo donde yo le he retado.

Fernando. ¡Y yo!

Cayetano. *¡Cuesto e chapponese!*

Fernando. Bueno; pues, como yo soy el único español de los tres y estamos en España, reclamo la prioridad.

Chirimoya. ¡Ah, no! ¡Qué *esperansa!* Lo más que le *consedo* es echarlo a suertes.

Cayetano. *E chusto. Que parli la ruletta.*

Chirimoya. Muy bien. Yo voy a nones.

Fernando. (Sometiéndose.) Pues yo, a pares.

Cayetano. *(A mé non mi resta altro que il sero.)*

Fernando. (Prestando oído hacia la izquierda.) ¡Silencio un instante! Ahora viene bola. (Escuchan los tres atentamente.)

Voz. (Lejana.) No va más. (Ligera pausa. Expectación.) *Tgeinta* y dos; *encagnado.* (Gesto de contrariedad en Chirimoya.)

Fernando. ¡Para mí!

Cayetano. (Ocultando su satisfacción.) (¡Menos mal!)

Fernando. Me representan ustedes, ¿no es eso?

Cayetano. *E naturale.*

Chirimoya. Esperamos sus *instrusiones.*

Fernando. Nada más que una. No admito otra retractación que la entrega de un objeto que me pertene-

ce. De no hacerlo así, ustedes pactarán un lance lo más serio posible.

Cayetano. (¡Y si os matais los dos, yo encantado!)

Chirimoya. (A Fernando.) Así se hará; descuide.

Fernando. En la terraza espero. (Mutis.)

Chirimoya. ¿Y ese hombre? ¿Adónde fué?

Cayetano. *A chercare due padrini.*

Chirimoya. Sí; aquí viene.

Don Cándido. (Por la primera izquierda, con GUTIÉRREZ y TOTÓ. Aquél, mirando atrás, temeroso de que le sorprenda don Fermín.) Estos son los únicos que he encontrado.

Cayetano. (Con disgusto y lanzando una mirada desdeñosa a Gutiérrez.) *¡Oh, Dio! ¡Un cameriere!...*

Don Cándido. Pero muy decentito, el pobre.

Chirimoya. *Ayá* en América, este *detaye* pintoresco tendría un éxito gigante.

Don Cándido. ¡Claro que sí! Y en Italia también. Sino que viste mucho despreciar las cosas de España. (Transición. A Cayetano.) Bueno; ¿y usted?...

Chirimoya. (Interrumpiéndole.) Verá, señor. Como somos tres los ofendidos, romperá *plasa* don Fernando Solís.

Don Cándido. ¿Romperá plaza? Muy bien. Como si dijéramos «media corrida» y yo el único espada.

Chirimoya. Nosotros somos ahora los padrinos del señor Solís.

Don Cándido. Pues aquí se quedan los míos, y a ver si abrevian, que es muy tarde. (Medio mutis.) ¡Ah! Y cuidadito con éste, (Por Totó.) que tiene un genio del demonio. (Mutis por la terraza.)

Gutiérrez. (Después de mirarse los cuatro, sin decidirse a hablar ninguno.) Miren ustedes: a mí me está prohibido sostener conversaciones con la clientela; pero, como yo estimo a don Cándido y no puedo negarle este favor de honra, buscaremos el modo de no comprometerme. (Mira con desconfianza a todas partes.)

Chirimoya. Usted dirá.

Gutiérrez. Lo mejor es que ustedes se sienten alre-

dedor de esta mesa (La P.) como si fueran a tomar algo y estuviesen pensando lo que van a pedir, para decírmelo.

Chirimoya. No está mal. (Se sientan: Totó en la silla A, Chirimoya en la B y Cayetano en la C.)

Totó. ¡Esto es muy curioso!

Chirimoya. (A Totó.) Y usted, mientras, *rascabucheando*, a ver si viene el dueño.

Totó. (A quien le hace gracia la palabreja, pone familiarmente una mano sobre el hombro derecho de Chirimoya.) ¡Ay, *rascabucheando!*

Chirimoya. (Quitándosela de un manotazo.) ¡Quite la mano, *ché!*

Gutiérrez. (Adopta la actitud propia de su importante ministerio y frota con un paño el cristal de la mesa, después de recoger el servicio.) ¿Qué va a ser, señores?

Chirimoya. A mí me trae usted un objeto que mi representado reclama al señor Mínguez.

Gutiérrez. (A Cayetano.) ¿Y *usté?*

Cayetano. *Io prrenderó lo stesso que il siñore.* (Por Chirimoya.)

Gutiérrez. (Amable.) Pues siento no poder complacerles, pero se ha concluído.

Cayetano. *¡Fatalitá!*

Totó. Se ha acabado, se ha acabado. (Muy alegre.)

Chirimoya. (A Totó.) Joven: que esto es una cosa muy seria. (A Gutiérrez.) *Entonse,* tomaremos un duelo a pistola rayada, a *quinse* pasos.

Cayetano. *¡Oh! ¡Molti pasi cuíndichi! Con dúe o trre basta.*

Gutiérrez. (Amable,) Puedo traerles, si gustan, el refresco del día: duelo a cuchillo, agarrándose los combatientes por la mano izquierda.

Totó. ¡Qué barbaridad!

Chirimoya. (A Gutiérrez.) ¡Qué *dise*, mi amigo?

Cayetano. (Muy contento.) *¡Cuesto e superiore! ¡Pórtalo súbito!*

Chirimoya. ¡De ninguna manera!

Totó. ¡Pero, señores, que se van a hacer mucho daño!

Berenguela. (Que sale por la primera izquierda, con el «pendentif» puesto, y se dirige a Totó.) *Ecuté*, Totó. ¿Usted ha visto *pog* aquí a *madmoasel Victogia?*

Cayetano.
Chirimoya. (Que al descubrir el famoso «pendentif» sobre el busto de Berenguela, se ponen bruscamente en pie, lanzando un grito de sorpresa.) ¡¡Ah!!

Berenguela.
Gutiérrez.
Totó. (Extrañados al grito) ¿Eh?...

(Al oirlo, vuelven la vista hacia la escena don Cándido y Fernando, que están en la terraza, a distancia uno de otro. Cayetano y Chirimoya les dicen por señas que Berenguela lleva el «pendentif», y aquellos bajan precipitadamente hacia el grupo. Berenguela, asustada, huye por la primera izquierda, volviendo la cabeza por si la siguen. Cayetano, Chirimoya, Fernando y don Cándido vanse tras ella por este orden. Gutiérrez y Totó, que no entienden lo que sucede, en cuanto desaparecen todos, se miran a la cara estúpidamente, se encogen de hombros, expresando ignorancia, y hacen mutis también por la primera izquierda. Téngase bien presente que toda esta acotación debe ser muda.)

Victoria. (Con MERCEDES, por la segunda derecha.) Acabo de oir que *Madám* Berenguela ha comprado aquí esta noche una alhaja, y no sé por qué me *dise* el *corasón* que es la que busco.

Mercedes. *¡Casualidá* sería!

Victoria. *Fásil* es *convensernos*. Mira: *asércate* a la *fransesa* y tráetela a este rincón, que hay menos gente.

Mercedes. Voy. (Marca el mutis por la segunda izquierda y se detiene.) Ya no hace falta. Aquí la tienes.

(BERENGUELA sale por la segunda izquierda, volviendo la cabeza atrás, huyendo siempre de sus perseguidores.)

Victoria. Escuche, Berenguela...

Berenguela. (Sorprendida.) ¡Eh?... (Se tranquiliza al encontrarse con Victoria y Mercedes.) ¡Ah!

Victoria. Dispense mi curiosidad, pero quisiera preguntarla por la *prosedensia* de ese *pandantif*...

Berenguela. *¡Oh, mon Dié!* ¡El *pandantif!*... Me lo ha *ventito* esta noche Luisito *Giménes.*

Mercedes. (¡Atiza!)

Berenguela. *Pog siegto* que me dijo en *bgoma* que, en cuanto me lo *pusieg*a, me *seguiguían* los *hombges,* ¡y es *vegdá!* (Mostrándoles los últimos términos de la izquierda.) *¡Miguen!* ¡Ya están ahí! (En efecto: por la terraza asoman las cabezas de don Cándido, Cayetano y Chirimoya, y por la segunda izquierda, las de Gutiérrez y Totó.) ¡Yo tengo miedo! (Corre a refugiarse en el primer término derecha.)

Victoria. (Tranquilizándola.) ¡Bah!

Mercedes. (Idem.) ¡Está *usté* con nosotras!

Victoria. (Indicando el «pendentif».) ¿Sabe *usté* que es bonito?

Berenguela. ¿Le gusta?

Victoria. ¿Me permite verlo de cerca?

Berenguela. ¡Oh, sí! (Berenguela se quita el pendentif y, al entregárselo a Victoria, salen bruscamente DON CÁNDIDO, CAYETANO y CHIRIMOYA, avanzan un paso y adelantan el brazo derecho, entre suplicantes y autoritarios.)

Don Cándido.
Cayetano.
Chirimoya. } ¡¡¡No!!!

Victoria.
Mercedes.
Berenguela. } (Con sorpresa y temor.) ¡Eh?...

Don Cándido. (A Berenguela, amenazador.) ¡De ninguna manera!

Berenguela. ¡Oh! (Reclamándole, temerosa, el «pendentif» a Victoria.) *¡Doné muá! ¡Doné muá!...* (Victoria se resiste a devolverlo.)

Don Cándido. ¡Venga eso!
Cayetano. *¡Dátemi!*
Chirimoya. ¡Tráigala! } (Muy rápido. Avanzando hacia Victoria.)

Berenguela. ¡Es mío!

Victoria. (Defendiendo su posesión.) Yo le pago a *usté* el doble de lo que le ha *costao.*

Chirimoya. ¡Yo, el triple!

Don Cándido. ¡Yo, la mitad!

(GUTIÉRREZ y TOTÓ están presenciando el escándalo. A partir de este momento, van saliendo también PEPITA, varias SEÑORAS, varios CARALLEROS y algunos empleados de la casa.)

Berenguela. (Apremiante.) *¡Pego* démelo usted!...

Victoria. (Resuelta.) ¡No me da la gana! (Huye al primer término izquierda.)

Berenguela. ¡Lo *veguemos!* (Se abalanza a Victoria, a quien auxilia Mercedes; forcejean las tres; intervienen los demás; el «pendentif» cae al suelo sin que lo advierta nadie más que don Cándido, y éste se apodera disimuladamente de la joya, guardándola con rapidez en el bolsillo derecho del pantalón de manera que lo vea bien el público.)

Don Cándido. (Muy gozoso.) ¡Fantasmagórico! (Da saltitos, disimulando, y canturrea, como los chicos cuando obtienen una golosina que apetecieron mucho.)

Don Fermín. (Que sale por la primera derecha.) ¿Pero qué es esto?... (Se encara con don Cándido.) ¡Hombre, no me choca! ¡Usted había de ser!

Don Cándido. (Sorprendido y molesto.) ¡No sea usted imbécil!

Don Fermín. ¿Yo imbécil?

Don Cándido. ¡Sí, señor! ¡Y, además, le pego! (Le da una bofetada y esgrime una silla inmediatamente. El escándalo sube de punto. Todos toman parte activísima en él.)

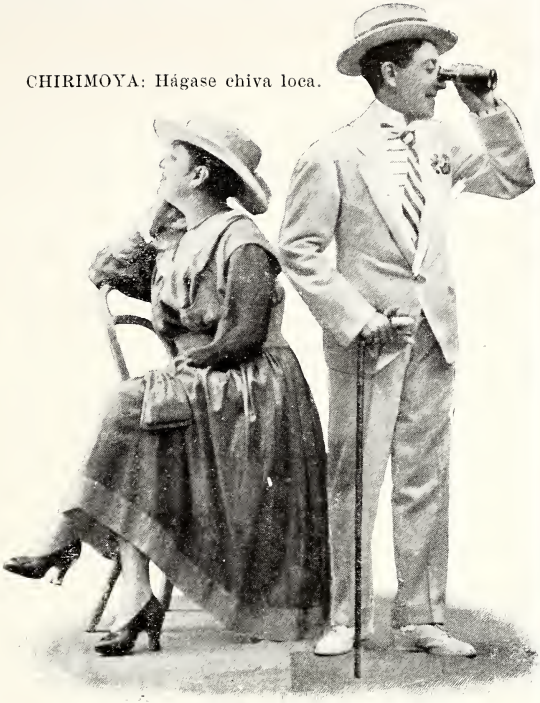
Totó. ¡¡Guardias!!.,. ¡¡Guardias!! (Cae desmayado en brazos de Gutiérrez. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

CHIRIMOYA: Hágase chiva loca.

Dib. Fresno.

DON CÁNDIDO



Fot. Alfonso.

CÁNDIDO: ¿Tú has oído hablar de un andantif»?

b. Cyrano

Dib. Fr.sno.

CAYETANO

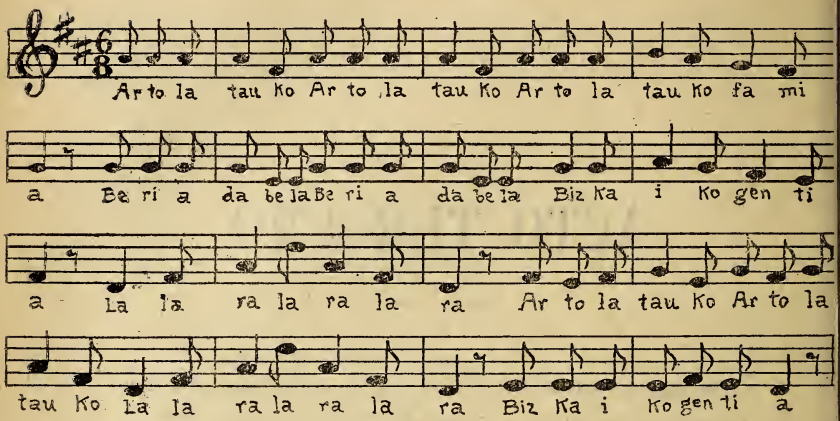
ACTO TERCERO

Decoración.—Sala de paso en la casa de huéspedes «La Donostiarra». Dos puertas practicables, y de una sola hoja, en cada lateral. Al fondo, una mayor, sin hojas. Las cuatro primeras llevan sendos montantes, practicables también. Entre las dos puertas de la derecha, un cartel de ferrocarriles y una mesita con útiles de escribir, carpeta de hule negro, periódicos y revistas ilustradas. Al fondo derecha, sofá de rejilla. En los rincones, peanas con macetas y plantas. Entre las dos puertas de la izquierda, un espejo de regular tamaño con una mesita debajo. Delante de la mesa de escribir y dando frente al fondo, una mecedora pequeña. En la pared del fondo, un cartel anunciador de las corridas de toros de San Sebastián y otro de las carreras de caballos. Sobre las puertas primera y segunda de la derecha, se ven los números 7 y 8, respectivamente. Sobre la primera y la segunda de la izquierda, el 10 y el 9. Sillas volantes de rejilla, a juego con el sofá y la mecedora. Forillo de pasillo. Suelo entarimado. Es de día.

—

Al levantarse el telón, aparece MARICHU en último término, de espaldas al público y cantando en vascuence, mientras da cera y saca brillo al entarimado con el estrépito que es de rigor.

Marichu. (Cantando y acompañándose con los porrazos del lustre.)



(Dentro de la primera izquierda sisean imperiosamente y arrojan desde allí una bota a la escena; pero como Marichu no la ve ni oye el golpe, no interrumpe su tabarra.)

La lará, lará, lará!
Artolatauko, artolatauko.

(La acotación anterior se repite con idéntico resultado.)

La lará, lará, lará.
Biskaiko gentiá.

Llunguet. (Que sale por la primera izquierda, desgreñado, en camiseta, con los tirantes colgando del pantalón, los pies desnudos y el gesto soñoliento.) ¡Pero, *noya*, qué va a ser esto! ¿A ti te *parese* que son horas de bailar el can cán? (Recoge las botas que antes arrojó desde dentro.)

Marichu. (Riendo estúpidamente.) *¡Ené!* ¡Bailar *dise* que hago! En romería o así, ya te haría pues. Ahora, *limpiesa haser.*

Llunguet. ¿Y *per* qué no dejas *també* la *limpiesa* para la *romeríe?*

Marichu. ¿En romería limpiar suelos?... *¡Ocurrensias!...*

Llunguet. *¡Ma* caso *an* Cambó! Ya es una *brutalitat*

estu de *enserar* a las nueve de la mañana, cuando *tot* el *món* está durmiendo; pero, *¡mare de Deu!*, ¡que le canten a uno *ensima!*...

Marichu. Ya callaré pues. (Frota suavemente el suelo con una bayeta.)

Llunguet. ¡Aquí se han propuesto que no duerma la gente!... *¡Ma* caso *an* Cambó! *An Barselona* no se *consentiríe.* Cataluña es una *nasión sivilisada, europeya...* (Campaneo dentro.) ¡Anda, morena! .. (Furioso.) ¡Esto es un crimen! El día que Cataluña tenga aquí un Consulado, formularé una *reclamasión enérgique.*

Julia. (Por el foro izquierda, en chambra y con el pelo recogido, aunque sin peinar. Trae en la mano un ejemplar de «El Pueblo Vasco».) ¿Qué pasa?

Llunguet. Que, con este sistema, no hay forma de dormir. Campanas, *porrasos* en el suelo...

Julia. ¡Pero si son las nueve!...

Llunguet. Para *vostét*, que se habrá acostado a las *onse.* (Cesa el campaneo.)

Julia. Bueno, bueno. Antes de marcharse a la cama, señor Llunguet, quiero que lea esto que dice el periódico.

Llunguet. (Rechazándolo.) *Miri:* si no es de *Barselona*, no me interesa.

Julia. No es de Barcelona; es de aquí...

Llunguet. (Despectivo y volviéndose hacia su cuarto.) ¡Bah, bah!...

Julia. Y le da a *usté* la razón.

Llunguet. (Deteniéndose.) ¿A mí? ¿De qué?

Julia. De que el huésped que vino ayer es hombre sospechoso.

Llunguet. (Con cierta vanidad.) ¡Ya lo *desía* yo!

Julia. Ha tenido *usté* buena pupila.

Llunguet. Y *vostét* mal pupilo.

Julia. (Disponiéndose a leerle el suelto de referencia.) Oiga, escuche un momento.

Llunguet. (Lanza un bostezo y dice con resignación.) *¡Vingui!*

Julia. (Se pone unos lentes y lee en pie, en el centro de la escena. Marichu deja su labor y se acerca a escuchar.) «A última hora nos comunican un suceso que, por la premura del tiempo y la confusión de los informes, nos es imposible publicar con la amplitud que merece.»

Llunguet. (Impaciente.) *¡Deu meu, qué sinfoníe! ¡Aném, aném, al granu!* (Se sienta en la mecedora, dando la espalda al público.)

Julia. (Sigue leyendo.) «Sobre las dos de esta madrugada se ha promovido un fuerte escándalo en la sala de recreo de un Casino muy prestigioso de San Sebastián. Los rumores que recogemos hablan de una alhaja magnífica, cuya posesión se disputaron con violencia brutal varias personas conocidas en el mundo galante, propinándose muchos golpes y arañazos en la contienda. Como el tumulto fué imponente y no había manera de desentrañar el litigio, incautóse la policía de los escandalosos y los condujo a la Inspección, siendo lo más extraño que durante la refriega ha desaparecido la alhaja objeto del disgusto, sin que se sepa dónde está, no obstante haber sido registrados escrupulosamente todos los detenidos. (Recalca mucho lo que sigue para que se entere bien Llunguet.) De quien más se sospecha, por haber declarado la mayoría en contra suya, es de un individuo de cierta edad, bastante grueso y cuyos nombre y apellido responden a las iniciales C. M.» (Deja de leer y se dirige a Llunguet.) ¿Eh?... (Llunguet ronca.) ¿Pero qué es esto? ¡Si se ha dormido el muy!...

Marichu. *¡Ené! ¡Verdá* te es! (Siguen los ronquidos.)

Julia. ¡Y como un tronco!

Marichu. Deja. *Haser dispertador* ya es *fásil.* (Saca lustre con fuerza junto a Llunguet y canta a voz en cuello.)

Artolatáuko, artolatáuko...

Julia. ¡Chist!... ¡Calla, mujer!

Llunguet. (Despierta, sobresaltado.) ¿Eh?... ¿Otra *ves?...* (Marichu calla y vuelve a frotar con la bayeta.) *¡Ma caso an Cambó!...* (Se levanta, desperezándose.) ¡Esto es *impusiple!*

Julia. (A Llunguet.) ¡Bien se ha enterado *usté* de la lectura!

Llunguet. ¡Uy! *Miri. Vostét* tiene la culpa. Me ve muerto de sueño y se empeña en *leyer*... (Se encamina hacia la primera izquierda.)

Julia. En fin, ya sabe *usté* que el nuevo huésped debe de ser un pájaro.

Llunguet. ¡Uy! *Miri:* a mí, con tal de que no sepa cantar aires del *peís* ni sacar lustre al suelo, tan *amícs.* (Mutis.)

Julia. Pues que usté descanse. (¡Eres más fino que el esparto!) (Preocupada y mirando hacia la primera derecha.) C. M. Cándido Mínguez... ¿Será ese? (De pronto, a Marichu.) Y, a propósito: ¿tú sabes si ha venido a dormir esta noche el señor que entró ayer?

Marichu. ¿El gordo? No sé pues.

Julia. (Escucha por la cerradura de la puerta primera derecha.) No se oye nada.

Marichu. *Dormiendo* o así estará.

Julia. Si durmiera, se le oiría. ¡Menudo resuello debe tener ese cachalote! (Mira por la cerradura.) Además, está el balcón abierto. (Abre la puerta.) Nadie. No hay duda: el sospechoso es él. (Transición A Marichu.) Pero, ¿te acordaste de quitar de aquí las cosas de doña Mercedes?

Marichu. Ya quité. *Entrre* doña *Mersedes* y yo *quitemos.*

Julia. De manera que, ahora, el cuarto de doña Mercedes es aquél (Segunda izquierda.) y el de ese señor, este.

Marichu. Sí pues.

Julia. Es que la vuelven a una loca con tanto cambiar. Que este cuarto es muy pequeño; que este otro es demasiado grande. . Nadie se conforma con el primero que le doy. (Transición.) Pues la que tampoco ha venido esta noche es doña Mercedes. Tiene la habitación abierta. Se habrá ido a Biarritz con la señorita Victoria y no volverá hasta la tarde. (Suena un timbre dentro.)

Marichu. Panadero será.(Mutis foro derecha.)

Julia. (Contemplando con gesto de sospecha la primera derecha.) ¡C. M!

Marichu. (Aparece en el foro.) Aquí tener señora. (Mutis foro derecha.)

Cayetano. (Entrando por el foro.) Buenos días.

Julia. ¿Por quién pregunta?

Cayetano. (Después de dirigir una mirada escrutadora en torno suyo.) ¿Es *usté* la dueña de la casa?

Julia. Servidora de *usté.*

Cayetano. Mire. (Misteriosamente, muestra el dorso de la solapa, viéndose allí una medallita.)

Julia. (Sonriente.) ¿«No me hable *usté* de la guerra»?

Cayetano. ¡No, mujer! Es la insignia del cuerpo. Soy inspector de policía.

Julia. (Con temor.) ¿De policía?... (Tira una mirada a la primera derecha.)

Cayetano. (Reparando en ello) Y esa mirada acaba de decirme dónde está lo que busco. ¿Quién duerme ahí? (Primera derecha.)

Julia. ... En este momento, nadie.

Cayetano. Pero, ¿a quién pertenece esa habitación?

Julia. A un señor que vino ayer y que se llama don Cándido Mínguez.

Cayetano. ¡Ese es mi hombre!

Julia. (Temerosa.) ¡Ay, Dios mío! ¿Es algún criminal?...

Cayetano. De lo peorcito. Lo reclaman nueve juzgados; se ha evadido tres veces del penal de Santoña, cuatro de Ceuta y cinco de Fernando Póo.

Julia. ¡Qué horror!

Cayetano. No tenga *usté* miedo. Pronto se lo quitaré de aquí.

Julia. ¿Pero *usté* sólo?...

Cayetano. (Con una sonrisa napoleónica.) Yo solo; no se apure. Un policía a la moderna no necesita de nadie.

Julia. Es que, si *usté* quiere, podemos despertar a un huésped muy simpático que está durmiendo ahí. (Primera izquierda.)

Cayetano. (Rápido.) No. Déjele tranquilo. Me hacen falta únicamente dos cosas: que no revele *usté* a ninguno mi personalidad y que me facilite un mandil para poder pasar por un criado.

Julia. En seguida. (Mutis foro izquierda.)

Cayetano. (Mirando a la primera derecha.) Bueno; ya no se me va el *pandantif*. Porque indudablemente se encuentra en esta casa. O lo trae el tío ese, o lo tiene *madám* Berenguela, o lo pescó la Victoria y se lo dió a guardar a su amiga Mercedes. (Acaricia la medallita que lleva en la solapa.) Esta medalla va a ser mi talismán y este servicio me lo pagará Concha espléndidamente.

Julia. (Por el foro izquierda, con un mandil de peto en la mano.) Aquí está el mandil.

Cayetano. Muy bien. (Lo toma y se lo pone ante el espejo, depués de quitarse el sombrero, que ha conservado puesto hasta ahora.)

Julia. (Que contempla, admirada, el disfraz.) ¡La verdad es que tienen ustedes que hacer cada cosa para atrapar a esa gentuza!...

Cayetano. ¡Oh!...

Julia. ¡Siempre fingiendo y engañando!

Cayetano. Pues tal costumbre tengo ya, que muchas veces no podría decir a punto fijo quién soy. (Se altera el peinado y el bigote.)

Julia. ¡Y sin ayuda de nadie!

Cayetano. ¿Para qué? Recuerde *usté* cualquier *detéctif* de película.

Julia. ¡Ya, ya! ¡Buenas palizas se ganan los pobres!

Cayetano. ¡Pero no me las recuerde *usté* ahora! (Transición.) ¡Ajajá! (Ha terminado su metamórfosis.) Vamos a ver. ¿Esta habitación (Primera izquierda.) me ha dicho *usté* que la ocúpa?...

Julia. Don Ramón Llunguet, un viajante de Lérida.

Cayetano. ¿Esta otra?... (Segunda izquierda.)

Julia. Doña Mercedes Larroca. Ya la habrá *usté* oído nombrar.

Cayetano. Sí. ¿En ésta? (Segunda derecha.)

Julia. Una francesa. Una tal Berenguela... no sé cuántos

Cayetano. Y en ésta, (Primera derecha.) el pájaro. Muy bien. ¿No hay más huéspedes?

Julia. Ahora, no, señor.

Cayetano. Me alegro.

Julia. ¡Caramba, yo no!

Cayetano. *Usté* me comprende. Cuanto menos jaleo se produzca, mejor para nosotros y para la misma casa.

Julia. Eso, sí. (Transición.) Venga *usté.* Le enseñaré lo que queda. (Yendo hacia el foro.)

Cayetano. No está mal. Conviene conocerlo todo. (Mutis los dos por el foro izquierda.)

Mercedes. (Con MARICHU, por el foro derecha. Mercedes trae un ojo con visibles señales de haber recibido en su cuenca un formidable puñetazo.) ¡Qué horitas de volver a casa, ¿eh?

Marichu. En *Biárris* o así *crreía* la señora...

Mercedes. ¡Sí; sí; en Biarritz!

Marichu. (Reparando en el puñetazo.) *¡Ené badá!* ¿Qué tener ahí?

Mercedes. Pues ya lo ves, hijita; aunque no lo parezca, aquí tengo un ojo. Pero por un milagro, no vayas a creer.

Marichu. Caerte harías...

Mercedes. (Con rencor.) ¡El que se ha caído es el «gallina» que me ha *pegao!*

Marichu. *¡Ené!* ¿Gallina *haser* eso? (Con ingenuidad.)

Mercedes. Si; un italiano, un sinvergüenza, que se ha *aprovechao* en una bronca del Casino. (Transición.) ¿Y Julia?

Marichu. No sé pues. Con un señor andar por aquí ya te *hasía.*

Mercedes. No será don Cándido.

Marichu. ¿El gordo?... ¡Qué va!

Mercedes. Detrás de mí venía por la calle, con una borrachera más gorda que él y haciendo el gato.

Marichu. ¡Angela María!

Mercedes. Y, si no dispones otra cosa, yo voy a

tumbarme, aunque sea medio vestida, porque estoy reventada.

Marichu. Descansar pues. (Mercedes hace mutis por la segunda izquierda y Marichu se va por el foro del mismo lado.)

Don Cándido. (Después de estar la escena sola por espacio de unos segundos, óyesele mayar dos o tres veces dentro. Asoma luego la cabeza a diez centímetros del suelo, por la derecha del foro; sale, más tarde, andando en cuatro remos, y en esta forma irracional avanza hasta el proscenio, donde se detiene, se tumba boca abajo y queda frente al público apoyado en los antebrazos y soplando con fuerza. Nuestro admirable amigo trae sobre la cabeza un sombrero de señora; en la diestra mano, una fusta de cochero, y en toda la extensión de su pingüe individualidad, una embriaguez alcohólica como para quitarle «los moños» al propio Anacreonte.) Bueno. Parece mentira que, después de lo que he «soplado» por ahí, me queden ganas de soplar. (Sopla.) Yo ya sabía que San Sebastián es un puerto marítimo; pero que las «merluzas» se pescaban dentro de la población... de eso no me habían dicho una palabra. (Golpe de hipo.) Y todo este festival no ha sido más que por haberme soltado de la Camisería... (Rectifica.) de la Comisaría. Si me dejan allí, (Hipo.) ni agua. (Sopla.) Un coche de punto, un billete *Kalimet.. Kulimet... Kilométricro,* y a pescar. (Hipo.) Pero pesca, la que me traigo en el zurrón. (Deja caer boca arriba el sombrero y saca de su forro el inevitable «pendentif». con sonrisa de triunfo.) ¡Ole!... (Se pone de rodillas sentado sobre los talones.) Que me echen inspectores y que me registren los inspectores. ¡Miau!... *Presgiti... Presdigi...* Prestidigitador primero, señor Mangue; digo, señor Mínguez. (Hipo.) ¿Qué pasa?... Y el cochero en la higuera. (Vuelve a ponerse el sombrero y se levanta,) Con esta presea atontolino a una señora. Porque a mí que me den señoras. Y de cualquier sitio de la península. Me dan gallegas, y encantado; me dan andaluzas, y el delirio; me dan vascas... me dan vascas... (Con gesto repentino de angustia.) ¡No, y es verdad que me están dando bascas!... (Reponiéndose.) Bueno; ahora, en vista de que mis triunfos no han podido ser más brillantes, (Aludiendo a la pedrería del «penden-

tif».) me condecoro con el Toisón, (Pónese el «pendentif».) y me voy a la cama. (Perplejo.) Pero, hacia dónde caerá mi cama? (Gira sobre sus talones, contando las puertas varias veces.) Una puerta... Dos puertas... Tres... Cuatro... Cinco... Seis... Siete... Ocho... Nueve... (Se tambalea, mareado.) ¿Pero cuántas puertas hay aquí? ¡Lo menos treinta!... Y ¿cual será la mía?... Vaya, para algo ha de servir la ruleta: ¿Está hecho?... (Gira un par de veces con los ojos cerrados y se detiene frente al público.) No va más. (Abre los ojos.) ¡El cero! Señores: es nula la jugada. (Repite el juego y se queda frente a la segunda derecha.) El ocho; negro. ¡Ole! ¡Vengan pesetas!... ¿Cómo?... ¿Que cuál es mi postura?... ¡La horizontal, hombre, la horizontal! Es la más cómoda. (Mutis cómico por la segunda derecha.)

Cayetano. (Asoma por el foro izquierda, con un lío de cuerda.) ¡Ya eres mío! Tú mismo te has puesto el dogal al cuello. Y, además, te introduces en otra habitación. Siguen las agravantes. Dentro de tres minutos dormirás como un tronco y caeré sobre ti. (Mutis foro derecha.)

Don Cándido. (Después de una ligerísima pausa, vuelve a salir por la segunda derecha, sin el sombrero, sin la fusta y guardandose el «pendentif» en un bolsillo.) ¡Fantasmagórico!... Me he metido en un cuarto que no es el mío. (Hipo.) ¡Anda, señor Mínguez, para que te fíes de la ruleta! (Transición.) ¡Hombre! No sé por qué leve razonamiento me parece que debe ser aquel. (Primera izquierda.) Vamos a verlo. (Al dirigirse allí, suena al foro el timbre de la puerta.) Va en seguida. (Mutis primera izquierda, cerrando la puerta tras sí.)

Cayetano. (Por el foro derecha con la cuerda y andando cautelosamente.) Ya debe estar dormido, porque la «cogorza» no era para menos. (Mutis segunda derecha, cuya puerta cierra.)

Marichu. (Por el foro derecha, con una carta y un periódico doblado, y seguida de FERNANDO.) Ya *hase* tiempo que no venir.

Fernando. (Remedándola.) Ocupado andar pues. Y tú, Marichu, *buapa buapa* estar.

Marichu. (Ruborosa.) ¡Sí, mucho!

Fernando. (Transición.) Bueno, *neskachita;* quiero ver a *madám* Berenguela.

Marichu. *Mamá Merengüela* no venir *entodavía.*

Fernando. (Contrariado.) ¿Que no está?... ¡Pues me he divertido! (Pensativo.) En fin, si no tardara mucho...

Marichu. No sé pues. (Mutis primera derecha con periódico y carta.)

Fernando. Esa dichosa joya es un fantasma. Cuando más segura cree uno tenerla, se desvanece entre las manos. ¡Si fuera yo quién se la devolviese a Concha!... (Transición, dirigiéndose a la primera derecha.) ¡Ah! Oye, tú, mamá *Merengüela.* (Entrando en la primera derecha.) Dime una cosa.

Don Cándido. (Por la primera izquierda, cautelosamente y arrastrando una camisola enredada en un pie. Se deja la puerta abierta.) ¡De buena se ha librado usted, señor Mínguez!... Llego a oscuras hasta la cama, voy a descubrir el embozo y observo que hay un cuerpo extraño; retiro mi postura y oigo una voz terrible que me grita: «*¡Ma caso en Cambó!...*» Gracias a que me agazapé en un rinconcito y dejé de soplar. ¡Ah! Y a que el susto me ha quitado el hipo, que si no... (Transición.) Bueno, señor Mínguez, a a ver si acertamos ahora. (Aproxímase a la primera derecha y al ir a penetrar en ella se arrepiente.) ¡Pardiez, también hay gente!... Pues ya no cabe duda: es allá. (La segunda izquierda.) No queda otro. (Al tomar esta nueva orientación se percata de la prenda que arrastra con el pie.) ¿Pero qué diablos llevo aquí? .. (Da una sacudida y se desembaraza de la camisola que va a parar junto a la puerta segunda derecha.) ¡Ay! Voy a caer en la cama como un plomo. (Mutis segunda izquierda cerrando. Timbre dentro, al foro.)

Cayetano. (Que ha presenciado el final de esta escena asomado al montante de la segunda derecha.) ¡Ah, granuja! ¿Quieres darme esquinazo, eh?

Marichu (Por la primera derecha y volviendo la cara para decir,) Es que han *llamao* al puerta. (Se dirige hacia el foro.)

Cayetano. Oye, chica. (Marichu vuelve la cabeza y mira por la escena sin descubrir quién la llama.) Es aquí.

Marichu. (Mirándole, extrañada.) *¡Enél...* ¿Qué *haser* ahí?

Cayetano. (Con imperio y bajando la voz.) Calla y toma esto. (Le entrega por el montante la fusta y el sombrero de señora que trajo don Cándido.) Y recoge esa camisola y guárdame todo en tu cuarto hasta que yo te lo pida. (Marichu obedece.) Y ni una palabra. (Se retira del montante.)

Marichu. (Como quien ve visiones.) *(¡Enél...)* (Mutis con todo por el foro derecha.)

Don Cándido. (Por la segunda izquierda, descalzo y con las botas en la mano.) ¡Aquí hay una señora!... ¡Vaya, esto es ya demasiado! Voy a buscar a la patrona y que me diga de una vez... (Vase por el foro derecha, pero vuelve la cabeza en la puerta al percibir el rumor de la salida de Cayetano.) (¡Hola!)

Cayetano. (Por la segunda izquierda, cautelosamente y con la cuerda en la mano.) (¡Lo que es ahora no te escapas!) (Mutis segunda izquierda, cerrando la puerta.)

Don Cándido. ¡Caramba, caramba! ¡Lo que teníamos en casa! Y preparándome un obsequio, con mandil y todo. Pues ¡te has caído, macarrón! porque en esta ruleta soy yo el banquero. ¿Tú has jugado al nueve? (Mirando al número de la puerta.) Pues te echo «la llave». (Cierra la puerta segunda izquierda con llave y se guarda ésta en el bolsillo.) Y ahora, vamos a ver si en la última combinación de gobernadores han trasladado mi alcoba a otra provincia. (Mutis foro izquierda.)

Fernando. (Por la primera derecha.) ¡ uánto tarda la di chosa francesa! (Dirígese hacia el foro y al ir a trasponer la puerta, escucha con espanto la voz de Victoria que habla dentro con Marichu.) ¡Demonio!... ¡Sí!... ¡Es Victoria!... ¡Mi sombra!... ¡La que va a estropearme la combinación!... (Volviéndose.) Vaya, vaya!... (Mutis rápido primera derecha.)

Marichu. (Que sale detrás de VICTORIA por el foro derecha.) Ya le digo. *Hase* un media hora que se acostó. *Erreventada* dijo que estar.

Victoria. (Contrariada y mirando a la segunda izquierda.)

Bueno; la dejaremos dormir. (Transición.) ¿Y la francesa? ¿Sabes tú si tardará mucho?

Marichu. *Prransesa...* mucho, mucho, no puede tardar. *Tamién* señorito Fernando esperar...

Victoria. ¿Fernando?... ¿Qué Fernando?

Marichu. Solís.

Victoria. (Vehemente.) ¿Y dónde está?

Marichu. Aquí meter. (Señalando la primera derecha.)

Victoria. (¡Ah!) (Suena el timbre del foro.)

Marichu. *¡Josús!* ¡La *timbrre* del puerta no sé qué *trraer* hoy! *¡Sona* que te *sona!* ¡Aburrir *tamién hase!* (Mutis foro derecha.)

Victoria. (Mirando a la primera derecha.) ¿Conque don Fernandito siguiendo la liebre? Muy bien. Vamos a ver qué cara pone. (Mutis primera derecha, cuya puerta cierra.)

Don Cándido. (Por el foro izquierda, con las botas puestas y seguido de JULIA.) ¿Y dice usted que es el número siete?

Julia. Sí, señor.

Don Cándido. ¿Pero está usted segura?

Julia. Segurísima. (¿Dónde estará el inspector?)

Don Cándido. Mire la obcecada hostelera que antes había una mujer y un hombre.

Julia. ¿Era uno con mandil?

Don Cándido. (Con sonrisa de triunfo.) ¡Cá! ¡A ese del mandil ya lo tengo yo seguro!

Julia. (Aterrada.) (¡Dios mío! ¡Lo ha matado!)

Don Cándido. Conque ¿qué hacemos?

Julia. Pues... nada; usted abra esa puerta, y si hay gente, despáchela, que aquí estoy yo. (Sin moverse del foro.)

Don Cándido. Bueno, bueno. Yo lo hacía por no armar escándalos. Como uno tiene esta fama...

Julia. ¡Ya, ya! (¡Asesino!)

Don Cándido. Pero, en fin, pecaremos de prudentes hasta donde sea posible. (Llama con los nudillos en la puerta primera derecha.)

Victoria. (Entreabre la puerta y se molesta cuando ve a don Cándido.) ¿Es *usté*, gran *pelmaso?* ¡Ande *usté* y que lo *sursan!* (Cierra con un fuerte portazo y se oye echar la llave por dentro.)

Don Cándido. ¡Fantasmagórico! (A Julia.) ¿Lo ve usted? ¡Me expulsan de mi habitación, denominándome pelmazo, y me remiten a un zurcido!

Julia. (Sorprendida.) (¡La señorita Victoria!... ¿Qué será esto?) (Avanza hacia la primera derecha.)

Marichu. (Por el foro derecha, con CONCHA.) Esta señora...

Julia. Que espere un momento. (Marichu vase foro derecha.)

Don Cándido. (Al ver a la recién llegada.) (¡Caray! ¡Concepcioncita!)

Julia. A ver... (Golpea con los nudillos la primera derecha.)

Victoria. (Desde dentro y muy claro.) ¡No moleste, hipopótamo!

Don Cándido. ¡Eso va por mí!

Julia. (Insiste.) Que soy yo.

Don Cándido. (¡Se declara hipopótama!)

Julia. Abra usted, señorita Victoria.

Concha. (Curiosa y contrariada.) (¿Cómo?) (Avanza dos pasos.)

Victoria. (Abre completamente.) Dispense *usté*, Julia; no sabía... (Sale.)

Julia. (Mirando adentro.) ¡Ah! ¿Pero es el señorito Fernando?...

Concha. (Contrariada y curiosa.) (¿Eh?) (Avanza otros dos pasos.)

Fernando. (Saliendo, con naturalidad.) ¡Hola, Julia!... Ya ve *usté*: cosas de ésta. (Por Victoria.)

Don Cándido. (Con sorna.) (¡Vaya, hombre!)

Fernando. (Que advierte la presencia de Concha.) ¡Usted aquí! (Se acerca a ella.)

Victoria. (Molesta.) (¡Ella!)

Concha. (Aparte a Fernando, con despecho.) No era esto lo que me trajo; pero celebro haber venido.

Fernando. ¡Concha, yo le juro...

Concha. (Secamente.) ¡Basta! Sin proponérselo, acaba usted de hacerme un gran favor.

Don Cándido. (A Victoria y Julia, con guasona amabilidad.)

¿Puedo ya ocupar esta pieza? (La primera derecha.) Pero por las buenas, ¿eh? sin disgustos.

Julia. (A don Cándido.) ¡Sí, hombre, sí!

Marichu. (En el foro, con Belisario Chirimoya.) Pase.

Don Cándido. (Al ver a Belisario.) *¡Ché!* ¡Ya estamos todos!

Chirimoya. (Avanzando.) Buenos días. (Marichu vase foro izquierda.)

Julia. Felices.

Chirimoya. (Reparando en Concha.) ¡Oh! ¡Qué fortuna! ¡No esperaba encontrarla a usted acá! (Habla con ella.)

Don Cándido. (A Fernando.) ¿Pero es que esta señora (Por Julia.) recibe los miércoles? ¿O es su cumpleaños?...

Fernando. (Secamente.) A mí no me dirija usted la palabra.

Don Cándido. Es verdad. No recordaba que estamos regañados. (Se acerca con disimulo a Concha y Chirimoya. Julia está hablando con Fernando y Victoria.) (*)

Chirimoya. (A Concha) Yo, *presiosa* Conchita, encaminé mis pasos *hasia* este *domisilio* porque me dijo alguien que aquí podría *hayar* esa joya que usted persigue con tanta *pertinasia* y cuyo extravío sería para mí mucho más doloroso que si me colgaran por las orejas en un globo cautivo.

Don Cándido. (¡Muy bonita imagen!)

Concha. (A Chirimoya.) Pues a eso he venido yo también.

Don Cándido. (¡Justo! A que la cuelguen de las orejas en un globo cautivo.)

Julia. (A Fernando.) Sí; comprendo; comprendo.

(De la segunda izquierda parten gritos y estrépito de muebles.)

Todos. (Alarmados.) ¿Eh?

Julia. ¿Han oído?

Don Cándido. ¡Señora, ni que fuéramos sordos!

Victoria. ¡Es la voz de *Mersedes!*

(*) Victoria—Julia—Fernando—Don Cándido—Chirimoya—Concha.

Concha. (Me ha parecido...)

Don Cándido. ¡Hoy es un día grande en esta casa!

Cayetano. (Se asoma al montante, con el cabello en desorden y el rostro lleno de arañazos.) ¡¡Socorro!!... (Desaparece.)

Concha. (Asombradísima.) (¡Cayetano!)
Chirimoya. (Idem.) (¡El banquero!)
Julia. (Idem.) (¡El inspector!)
Fernando. (Idem.) (¡Di Fiori!)
(Muy rápido.)

Cayetano. (Vuelve a asomar.) ¡Abran ustedes! ¡Esta mujer es un tigre!

(Desaparece de nuevo. MARICHU asoma por el foro izquierda y vase por el foro derecha.)

Julia. (Que ha ido a la segunda izquierda, cuya puerta trata de abrir.) Pero, ¿y la llave?

Don Cándido. ¿La llave?... A ver si sirve esta... (Saca del bolsillo la que quitó de la cerradura y abre la puerta. CAYETANO sale de estampía, hecho una lástima y con el mandil como unos zorros. Tras él sale MERCEDES, en bata, desgreñada, los ojos saltando de las órbitas, la cuerda de Cayetano enroscada a su cuerpo y un pañuelo, que sirvió de mordaza, a la altura de la barbilla.)

Victoria. ¡Válgame Dios! (Acude a quitarle las ligaduras a Mercedes.)

Concha. (¡No me explico!...)

Mercedes. (Muy nerviosa.) ¡Este hombre!... ¡Miren ustedes!... ¡A mí!...

Cayetano. (Confuso.) *Cuesto e un errore. E un errore.*

Mercedes. ¡Es un apache!

Julia. (No lo entiendo.)

Mercedes. ¡Que lo ahorquen! (Va a lanzarse de nuevo sobre Cayetano y la sujetan. Por la primera izquierda salen, una tras otra, las dos botas del señor Llunguet, arrojadas con fuerza desde dentro, como en el comienzo del acto.)

Don Cándido. ¡Las baterías hacen fuego! (Por las botas de Llunguet.)

Julia. (Cerrando la puerta primera izquierda.) (Lo que es ahora, tiene razón.)

(Por el foro derecha aparecen MARICHU, UN COCHERO «de punto», y los GUARDIAS 1.° y 2.°; ambos del Cuerpo de Seguridad.)

Guardia 1.º ¡Alto a la autoridad!

Don Cándido. (¡Esto va de veras!) (Regocijado.)

Mercedes. (Mostrándoles a Cayetano.) ¡Ahí está ese ladrón!

Cochero. (A los guardias.) ¡Y allí está el otro! (Por don Cándido.)

Don Cándido. ¿Yo?...

Cochero. ¡Sí; *usté, usté!*

Don Cándido. (Bueno. Ahora me registran y me pescan el *pandantif.* (Lo saca disimuladamente del bolsillo y lo introduce en el derecho de la americana de Cayetano, sin que nadie se entere de la maniobra.) «Al César, lo que es del César».)

Cochero. (A los Guardias.) Después de pasearle por todas las «tascas» de San Sebastián, no me ha *pagao* el coche y se me ha *llevao* la fusta. ¡Ese, ese! (Por don Cándido.)

Don Cándido. ¿Yo?... Tú estás confundido, joven auriga.

Cochero. ¡Y aún me insulta!

Don Cándido. Si me rechazas lo de auriga, te llamaré automedonte.

Cochero. ¡Y yo a *usté*, estafador! (*)

Don Cándido. No le hagan ustedes caso. ¿Qué crédito merece un hombre que confiesa haberse paseado por todas las «tascas» de San Sebastián?

Mercedes. ¡Aquí, el ladrón es ese! (Por Cayetano.)

Don Cándido. Conforme. (Al Cochero.) ¿A que no te ha pagado este señor (Cayetano.) el coche?

Cochero. ¿A mí?... (Con extrañeza.)

Don Cándido. (A los demás.) ¿Lo ven ustedes? (Al Cochero.) ¿A que no te ha devuelto la fusta?

Cochero. ¡Claro que no!

(*) Cayetano—Concha—Chirimoya—Don Cándido—Julia—Marichu—Guardia 1.º—Guardia 2.º—Cochero—Fernando—Victoria—Mercedes.

Don Cándido. ¿Lo ven ustedes?

Marichu. Látigo y *otrras* cosas *tamién* a mí dar éste. (Por Cayetano.)

Don Cándido. ¿Lo ven ustedes?

Cayetano. Pero...

Guardia 1.º (A Marichu.) Traiga *usté* lo que sea. (Marichu consulta a Julia con una mirada.)

Julia. Anda. (Vase Marichu por el foro derecha.)

Don Cándido. (Al auriga.) Nada, amigo, que vas a quedar como un cochero.

Cochero. ¿Yo?... (Quiere arrojarse sobre don Cándido y le sujetan.)

Llunguet. (Por la primera izquierda y como en su salida anterior.) ¿Otra *ves* el escándalo? (Recoge sus botes.)

Don Cándido. (¡Hombre! ¿A que se va a enfadar este también?)

Llunguet. ¡Bien podían irse *vostés* a dar el mitin a la *Plasa* de *Torus!*

Don Cándido. (Bajo a los que se hallan junto a él.) Ahora contraerá matrimonio con Cambó.

Llunguet. *¡Ma caso an Cambó!*

Don Cándido. ¿Lo ven ustedes?

Llunguet. (A Julia.) Y ¿se puede saber quién se ha llevado de mi cuarto la camisola?

Don Cándido. (¡Hola!)

Julia. ¡Ay, no sé; déjeme ahora de camisas!

Llunguet. ¡Tiene *grasia!*

Don Cándido. Habrá sido la criada.

Llunguet. ¿La criada? (A Julia.) *Díguili qui vingui.*

Don Cándido. Y que *porti lo qui tingui.*

Llunguet. *¡Ma caso an Cambó!*

Don Cándido. (A Llunguet.) No se moleste *vostet*, hombre de *Deu.* ¿A *vostet* le falta algo de su cuarto? Pues pregúntele a ese del mandil. (Cayetano ruge.)

Llunguet. Y me sabe más mal por los gemelos, que son de bisutería fina.

Don Cándido. ¿De bisutería? No diga usted más. El del mandil.

Marichu. (Por el foro derecha, con el sombrero, la fusta y la camisola.) Aquí tener todo.

Guardia 1.º (Se incauta de las tres prendas.) Muy bien. (Al Cochero.) ¿Esta fusta es la de usted?

Cochero. La misma. (Va a cogerla, pero el Guardia 1.º se la entrega al Guardia 2.º) Esta camisa, ¿es la de usted? (A Llunguet.)

Llunguet. *Chústament. Vingui.* (Se repite el juego.)

Guardia 1.º ¿Y este sombrero?

Don Cándido. Si no fuera de señora, diría que era mio; pero... (Transición.) Y ese mandil, tampoco es suyo.

Concha. (Bajo a Cayetano.) ¿Sabes que estás quedando muy bien?

Julia. (A Cayetano.) ¿Pero no se defiende usted? ¿No me dijo que era inspector de policía?

Guardia 1.º ¿Ah, sí? ¡Valiente guaja!

Julia. Como que me enseñó la medalla y todo.

Guardia 1.º A ver, a ver... (Se aproxima a Cayetano y le vuelve la solapa, examinando la medalla.) ¡Si es del Orfeón!

Don Cándido. ¡Hombre, que nos cante alguna cosita!

Concha. (Bajo a Cayetano.) ¡Nada, hijo, que no das ni una!

Cayetano. (Bajo a Concha.) Ahora verás. (Alto.) Bueno...

Don Cándido. ¡Chist! Que va a cantar.

Cayetano. *Io vado a parlare quiarísimo. Io m'he trravestito de politsía, per préndere a cuesto birbante* (Por don Cándido.) *que ha rubato un pandantifo.*

Don Cándido. *¿Io?...* Digo, ¿yo?

Cayetano. *Usté...* Digo, *voy.*

Don Cándido. Bien; pues que nos registren a los dos, a ver quién lo tiene. Pero primero a usted, que está demostrando ser más ladrón que yo.

Guardia 1.º (Se dispone a registrar a Cayetano.) ¿Un *pandantifo?...* (Sin comprender.)

Don Cándido. Sí; una joya; un collar de señora.

Guardia 1.º ¡Ah! (Le registra.)

Cayetano. (Tranquilo y sonriente.) ¡Sí! *Cherca, cherca...*

Don Cándido. ¡Y tan *cherca* como está!

Guardia 1.º (Registra y saca el «pendentif».) ¡Aquí lo tiene! (Expectación)

Cayetano. (Que estaba haciendo alardes de tranquilidad y acentuando una sonrisa de inocencia, palidece al apreciar este nuevo revés.) *¡Per Dio!*

Don Cándido. Más *perdío* que Carracuca. (A los demás.) ¿Lo ven ustedes? (Al Guardia 1.º) ¡Le digo a usted, guardia!... (Este entrega el «pendentif» a su compañero de autoridad.)

Concha. (Bajo a Cayetano.) ¡Has *quedao* como un imbécil! Mañana embarco para América. No cuentes más conmigo. (A Chirimoya.) ¿Viene usted?

Chirimoya. Con deleite, Conchita. (Dirígese hacia el foro con ella.)

Guardia 1.º (Cerrándoles el paso.) Dispense usted, señora; pero todos ustedes tienen que venirse conmigo a la Inspección.

Concha. ¿Cómo?

Cochero. ¡Vamos; vamos! (Cayetano se quita el mandil.)

Mercedes. ¡Sí, sí; vamos!

Llunguet. (Al Guardia 1.º) Bueno, *miri:* a mí no me *embulique vostét*, que yo no me he metido con nada. *Vinga* mi camisola...

Guardia 1.º (Rechazándole.) Los cuerpos del delito los devolverá el señor inspector. Conque los que hayan de vestirse, que se vistan. Tienen diez minutos.

Don Cándido. ¡Como en los submarinos! (A Llunguet.) *¡Apa, noy!* Cásese usted con Cambó y *¡aném, aném!...* (Al Público.) Y ustedes, ya saben: en la Inspección de vigilancia, con permiso del señor inspector, Cándido Mínguez... a sus órdenes.

(Telón rápido.)

FIN DE LA HISTORIETA

Madrid 23-VII-1916.

Obras teatrales de Ramón López-Montenegro

LIBROS

El candidato.—Juguete cómico en un acto, original y en prosa. (Bilbao. Teatro Arriaga. 1902.)

La villa de Don Diego.—Caricatura bilbaina en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en prosa y verso. Música de D. Víctor de Alvarado. (Bilbao. Teatro Arriaga. 1903.)

Después de la boda.—Juguete cómico en un acto, escrito en prosa sobre el pensamiento de una obra extranjera. (Madrid. Teatro Eslava. 1904.) Segunda edición.

Los perdigones.—Sainete en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en verso. Música de D. Víctor de Alvarado y D. Pedro Martínez. (Bilbao. Teatro de los Campos Elíseos. 1906.)

El corral ajeno.—Juguete cómico en un acto, escrito en prosa sobre el pensamiento de una obra extranjera. Música de D. Alvaro de Luna. (Madrid. Teatro Eslava. 1906.)

La fiera Corrupia.—Caricatura italiana en *medio* acto y en prosa. (Madrid. Gran Teatro. 1907.)

¡Al cine!!—Caricatura madrileña en un acto, dividido en dos cuadros, original y en prosa. Música del mismo autor. (Madrid. Gran Teatro. 1907.)

El suceso del día.—Sainete en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en verso. Música del mismo autor. (Madrid. Teatro Martín. 1909.)

El primer espada.—Sainete en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en prosa. Escrito en colaboración con D. Julio Martínez Lecha. Música de D. Tomás Barrera (Madrid. Teatro de la Gran Vía. 1911.)

Las hermanas Frescales.—Opereta bufa en un acto, dividido en dos cuadros en prosa y un prólogo en verso. Inspirada en un suceso de la vida real. Música de D. Tomás Barrera. (Madrid. Teatro del Noviciado. 1912.)

Cosas de cómicos.—Monólogo en prosa, con incrustaciones en prosa y verso. Original. (San Sebastián: Salón Novedades. Madrid: Teatro Infanta Isabel. 1913.)

«La Faraona».—Juguete cómico-lírico en dos actos y en prosa, inspirado en el asunto de una obra alemana. Escrito en colaboración con D. Federico Reparaz. Música de D. Cayo Vela y D. Enrique Brú. (Madrid. Teatro de Novedades. 1913.)

¡¡A 5 céntimos!!—Revista cómico-lírico-gráfico-bailable en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros, original y en

prosa. Música de D. Manuel Quislant y D. Modesto Romero. (Madrid. Salón Madrid. 1914.)

Yo amo, tú amas,...—Monólogo en prosa, con incrustaciones en prosa y verso. Original. (Madrid. Teatro de la Princesa. 1914.)

Los de «la cola».—Entremés sainetesco, original y en prosa. Música del mismo autor. (Madrid. Teatro de Apolo. 1915.)

El señor Ulpiano.—Monólogo en prosa, original. (Madrid. Teatro Romea. 1915.)

¡¡El autor!!... ¡¡El autor!!...—Monólogo en prosa, con incrustaciones mímicas. Original. (Madrid. Teatro Eslava. 1915.)

Los Gabrieles.—Historieta cómica en dos actos, original y en prosa. Escrita en colaboración con D. Ramón Peña. (Madrid. Teatro Infanta Isabel. 1916.) Segunda edición.

La Concha.—Historieta cómica en tres actos, original y en prosa. Escrita en colaboración con don Ramón Peña. (San Sebastián: Teatro Victoria Eugenia. Madrid: Teatro Infanta Isabel, 1916.

PARTITURAS

¡Al cine!!—Libro del autor. (Partitura editada para piano por la Casa Vidal, Llimona y Boceta.)

¡El diablo son los chiquillos!—Diálogo cómico-lírico, en verso, original de D. Enrique López Marín. (Madrid. Teatro Lara. 1909.—Partitura editada para piano por la Casa Fuentes y Asenjo.)

El bello Narciso.—Juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, original de D. Emilio González del Castillo y D. Luis de Olive. (Madrid. Teatro Cómico. 1909.)

El jardín de los amores.—Opereta en un acto, dividido en dos cuadros, en verso y original de D. Enrique López Marín. (Madrid. Gran Teatro. 1909.)

El suceso del día.—Libro del autor.

La Costa Azul.—Opereta en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa, original de D. Miguel Mihura y D. Ricardo González. (Madrid. Gran Teatro. 1910.)

La noche del amor o ¡¡Al fin solos!!—Juguete cómico-lírico en un acto, original de D. Enrique López Marín y D. José Juan Cadenas. (Barcelona. Teatro Nuevo. 1911.)

El santo de las niñas.—Humorada cómico-lírica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original de D. Enrique López Marín. (Madrid. Teatro de Apolo. 1911.)

El Gato rubio.—Zarzuela melodramática en un acto, dividido en cinco cuadros, inspirada en una leyenda escocesa. Libro en prosa de D. Enrique López Marín. (Madrid. Teatro de Novedades. 1912.)

La viva de genio.—Zarzuela en dos actos, divididos en siete cuadros, en prosa, original de D. Miguel Mihura y D. Ricardo González. (Madrid. Teatro Cómico. 1912.)

Los de «la cola».—Libro del autor.

COUPLETS

La niña medrosa.—Letra de D. Enrique López Marín. (Editado para canto y piano por la Sociedad Editorial de Música.)

¡Tolon! ¡Tolón!—Letra de D. Enrique López Marín. (Editado para canto y piano por la Sociedad Editorial de Música.)

La «cow-girl».—Letra y música del autor.

La sufragista.—Letra y música del autor.

Sinforosa.—Parodia. (Repertorio de Rafael Arcos.)

Otras composiciones musicales del mismo autor

Roxana.—Vals para piano. (Editado por la Casa Dotesio.)

La muerte del torero.—Pasodoble. Estrenado por la Banda Municipal de Madrid. (Editado para banda y para piano por la Casa Dotesio.)

El «boy-scout».—Marcha militar. (Editada por la Casa Ildefonso Alier; hoy Sociedad Editorial de Música.)

«Don Modesto».—Pasodoble torero. (Editado por la Casa Dotesio.)

Piccadilly.—Fox-trot para piano y para sexteto. (Propiedad del autor.)

Obras de Ramón Peña

Los Gabrieles. Historieta cómica en dos actos, original y en prosa. Escrita en colaboración con don Ramón López Montenegro (Segunda edición).

La Concha. Historieta cómica en tres actos, original y en prosa. Escrita en colaboración con don Ramón López-Montenegro.

044

Precio: 2,50 pesetas